Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX — San José, Costa Rica **1929** Sábado 30 de Noviembre — Núm. 21

Año XI. No. 469

SUMARIO

El 12 de octubre pasado, y en San Antonio de Areco, se inauguró el monumento a la memoria de Ricardo Güiraldes

Discurso del Sr. Alvaro Melián Lafinur

=De *La Nación*. Buenos Aires=



Ricardo Güiraldes

HACE dos años llegábamos hasta aquí, en triste comitiva, acompañando el féretro de Ricardo Güiraldes, que un barco europeo acababa de devolver a la patria para que reposara en su entraña materna el que tanto la amó, decorándola con una de las más bellas preseas, como es la obra de arte inspirada y nutrida por las imágenes y emociones de la tierra natal.

Era aquél el momento de la lágrima y de la elegía; el momento del sombrío tributo funerario. Y por cierto que este noble pueblo se lo rindió hermoso y cumplido, honrando a su cantor en la forma que él más hubiera apreciado. Junto a los camaradas y admiradores venidos desde lejos para darle la postrer despedida, que algunos de ellos condensaron en memorables oraciones, sus fieles amigos, los paisanos de San Antonio de Areco, formaron aquella magnífica escolta de honor, que aun me parece ver desfilar en imponente cortejo ecuestre, digno de quien quiso ser y fué siempre —como lo dijo en la dedicatoria de su libro famoso—al par que hombre de ciudad, refinado y culto, un gaucho cabal, en el sentido de las grandes cualidades viriles que definen al hombre de la campaña argentina.

Tornamos hoy a congregarnos en esta comarca, donde duerme, por expresa manifestación de su voluntad, el autor de *Don Segundo Sombra*. Pero no es ya el momento del llanto sino el del elogio, no el de la elegía sino el del panegírico, no el de la sepultura sino el del monumento, no el de la desesperación silenciosa que estrangula la voz en la garganta, sino el de la palabra serenada por la resignación y capaz de discurrir ya, reflexivamente, sobre el espíritu y la obra del creador extinto. Quiere decir que no venimos hoy a llorar a un muerto, sino a saludar, en nombre de los que le sobreviven y le admiran, a quien ha penetrado en la morada luminosa de la inmortalidad.

Hablo, señores, en representación de los iniciadores del bello y perdurable homenaje a que han contribuído con espontaneidad conmovedora, todos los habitantes de este pago, de hoy en más ilustre. Hablo, asimismo, representando a *La Nación* de Buenos Aires, que invitada por sus organizadores, ha querido asociarse a esta ceremonia y me ha confiado tan honroso mandato. He aceptado este arduo compromiso con el temor de que mi desempeño resultara deficiente, pero también con la satisfacción de poder atestiguar así mi admiración y mi cariño por la memoria del escritor insigne.

Fuí amigo de Ricardo Güiraldes y compañero suyo en las patrióticas campañas del Comité Nacional de la Juventud, que en una hora grave para la República luchó con desinterés y con energía a fin de salvar el honor nacional que juzgábamos comprometido por una agresión extranjera. Todos los que le estimábamos ya por su bondad y su talento pudimos apreciar entonces los rasgos varoniles de aquella personalidad tan completa y armónica. Resuelto y valiente en la acción cívica, como era capaz de serlo en las faenas rudas del campo, presto a la abnegación y al sacrificio en el ejercicio del deber, mostró entonces toda la fuerza de su temple. Y recordando aquellos días puedo decir ahora, como síntesis del merecido elogio, que en él el hombre valía bien el escritor.

Fuí también su amigo intelectual y permítaseme recordar que cuando él no había dado aún toda su medida y luchaba todavía con los obstáculos inherentes a la imposición de su arte personal y novedoso, tuve la satisfacción de comentar la aparición de *Raucho*, uno de sus libros más valiosos y menos apreciados, en un artículo crítico que mereció su aprobación y suscitó su agradecimiento.

Ese libro, que venía después de *El Cencerro de cristal* y los *Cuentos de muerte y de sangre*, auguraba ya al narrador y gran poeta de la pampa que había de surgir más tarde en toda la plenitud de su vigor artístico. Le seguirían luego *Rosaura* y *Xaimaca*, esa bella historia de amor en que el penetrante análisis psicológico se funde en un estilo original y sutilísimo.

Y por fin, como si todo aquello no fuera sino el preanuncio de la obra colmada y perfecta, el talento con que el artista ensaya el despliegue de su potencia creadora, he ahí el gran libro, escrito de un solo impulso, en que describiendo la formación del trabajador de nuestra campaña ganadera, «del hombre de pampa y de huella» como él le llamó, alcanzó Güiraldes a componer esa especie de admirable poema, que según lo dijo antes que nadie la palabra inaugural y generosa de Leopoldo Lugones—eximio juez, a fé mía—iba a incorporarse desde su aparición a las obras clásicas e imperecederas de la literatura nacional.

Se dijera que todo en la vida de Ricardo Güiraldes concurrió a la concepción de ese libro capital y que él no debía desaparecer sino después de haberlo realizado, cumpliendo la misión que le fué asignada por un designio superior. Es esa la impresión que producen siempre los autores, y las obras destinados a perdurar. *Don Segundo Sombra*, en efecto, sólo podía ser compuesto por un hombre identificado desde la niñez con el paisaje campestre y la vida rural de nuestro país, y que tuviera también un hondo temperamento poético y una lúcida intuición artística, favorecida por el con-

tacto con las más refinadas culturas literarias. Tal era el caso de Ricardo. En él se fundían de modo feliz, el conocimiento de la civilización europea en los dominios del pensamiento y el arte, con la comprensión y el sentimiento profundos del alma criolla y de las costumbres vernáculas. Ese muchacho, que alternaba con los modernos y revolucionarios representantes de la literatura francesa, era aquí el domador bravío, experto en el rodeo y en el pial. Llevaba a las tertulias parisienses como un hálito de la pampa y traía de vuelta hasta nosotros el eco de la renovación estética que en aquellos centros se operaba. En este sentido Güiraldes se me antoja el prototipo de esa dualidad que alguna vez he señalado como frecuente en los argentinos de estirpe, «que se encuentran tan a su gusto en el salón aristocrático de la ciudad como en la estancia lejana»; los mismos a quienes se refería una vez en el Congreso Don Julio Costa, llamándolos elogiosamente «domadores en el campo y hombres de mundo en Buenos Aires».

El amigo cuya memoria honramos enriqueció, pues, considerablemente su personalidad en esa frecuentación de los círculos intelectuales y artísticos de Europa. Hay entre nosotros quienes por absorberse demasiado en el amor de las cosas típicamente nacionales ignoran o desdeñan absurdamente las manifestaciones de la cultura extranjera. Existe, a la inversa, el desarraigado, que admirando y gustando con exceso las excelencias de la vida europea, permanece insensible al reclamo de la tradición patria y al encanto inefable del terruño. Pero hay también aquellos que siendo capaces de apreciar en todo su valor, su belleza y su ejemplar sentido los fenómenos de civilizaciones extrañas atraviesan por ellas sin descastarse y tornan, como el Raucho de Güiraldes, a tenderse sobre el suelo pampeano, con los ojos absortos en el azul del cielo que no pudieron olvidar.

De éstos era Ricardo Güiraldes. Junto con Adelina del Carril, la compañera incomparable, que fué en su vida el más bello regalo del destino, peregrinó por muchas tierras, vió mucho mundo, estuvo en muchos lugares exóticos y fascinadores. Pero ya en las selvas milenarias de la India, ya en las poblaciones pintorescas del Japón, en las largas rutas del transiberiano, en las alegres campiñas italianas, en las históricas ciudades de España y de Francia, o en las reuniones de la librería Monier, donde cultivaba la amistad ilustre de Valéry Larbaud, de Jules Romains, de Fargue, de Soupault, y tantos otros jóvenes maestros de la literatura contemporánea, en todo sitio y en todo tiempo, la voz de la tierra lejana cantaba en su alma las notas tenaces y balbucientes que un día iban a definirse y concertarse en el canto triunfal con que el nostálgico viajero celebraría luego al arquetipo de la estirpe criolla, irguiendo aún su ademán heroico sobre el vasto escenario de la pampa.

En *Don Segundo Sombra* Güiraldes realizaría la fórmula que alguna vez preconizó como ideal artístico: la conciliación de la cultura asimilada fuera con el tema esencialmente nacional. Su libro de asunto netamente criollo, muestra, en efecto, una técnica peculiar, que no es por cierto la de otros autores gauchescos; que da a la composición y al estilo un vigor y una concentración extraordinarios que viene a ser, en parte, la consecuencia de la familiaridad del autor con las nuevas formas, más sintéticas y agudas, de la literatura europea. Eso ha enriquecido sus recursos de artista nato, permitiéndole tratar un asunto tan fundamentalmente nuestro, de una manera original y poderosa, y desde este punto de vista su obra constituye una lección, tanto para los que desprecian los temas nativos como para aquellos que los cultivan creyéndose dispensados del conocimiento de los buenos modelos extraños y de una seria disciplina literaria.

Fiel a estos conceptos, Güiraldes armonizaba su dedicación a los asuntos nacionales con su curiosidad por los fenómenos de la literatura extranjera y trataba de difundir entre nosotros, como lo hizo en la revista *Proa*, la producción de los más interesantes autores modernos, especialmente de Francia. En justa retribución los jóvenes escritores de ese país conocían y estimaban su talento, y las traducciones que allí se han hecho de sus obras aseguran a nuestro ilustre compatriota una difusión mundial.

Nada más justo que esa recompensa, aunque sea tardía, para el que, siempre leal a su alta vocación artística, vivió tendido en permanente esfuerzo por alcanzar la plena realización de un ideal de belleza, lográndolo finalmente en las páginas inolvidables de *Don Segundo Sombra*. No es éste, por cierto, el único de sus libros que merezca sobrevivirle, pero sí el más representativo de sus cualidades y tendencias y el más susceptible de interés general por la naturaleza del asunto y la briosa maestría con que allí se narran y describen cosas tan genuinas de la vida argentina. En esa obra de madurez cuajó plenamente el gran espíritu poético que había en Ricardo y que aparece también, con más profundidad subjetiva, en sus *Poemas Solitarios y Místicos*, obras póstumas llenas de sentido humano y religioso que como un lírico mensaje de ultratumba nos han llegado después de la muerte de su autor, fijados en primorosas formas gráficas, gracias a los piadosos cuidados de Adelina y al noble empeño artístico de la imprenta que honra a esta población.

Al erigir aquí este monumento, tan hermoso y adecuado en su total simplicidad, los hombres de San Antonio de Areco han pagado con verdadera hidalguía criolla su deuda de gratitud al que mediante la palabra vestida de belleza inmortalizó la vida de sus gentes, la figura de sus humilddes y nobles varones y tradujo la honda poesía pastoril que fluye de estos apacibles contornos. En cuanto a nosotros, sus amigos de Buenos Aires, asistimos con emoción profunda y con justificada satisfacción a este homenaje que consagra, una vez más, la gloria de un hermano mayor en el sentimiento de la patria y en el amor del ideal.

Y ahora, volviéndome hacia él, quisiera pedirle perdón, por si he puesto en mis frases una excesiva solemnidad, algún énfasis ingrato a su noble sencillez de grande artista. Yo hubiera preferido llegarme hasta aquí solitario y reconcentrado, detenerme ante esta piedra ruda y fiel como el afecto de los que se la ofrendan, firme y permanente como su propia obra, y en un largo instante de silencio, más preñado de sentido que todas las palabras precarias y vanas que acabo de decir, evocar su figura varonil y fraterna, recordando algunos de los momentos de nuestra buena amistad: aquellos del ardor cívico y de las vibrantes arengas callejeras; los de la intimidad, cuando en medio de sus bellas platerías gauchescas él rasgueaba en la guitarra algún melancólico aire de la tierra, o, por fin, el del último encuentro, cuando en la galería del club, frente a la taza de té con que me obsequiaba, sorprendí en su gesto y en sus palabras no sé qué desgano de despedida, como si presintiera que del viaje que iba luego a emprender regresaría ya sin la luz de la vida en las pupilas que acariciaron tanto los paisajes familiares y helado el recio corazón que latió tan hondamente por las cosas nativas...

Alvaro Melián Lafinur

JUGUETES



LIBROS DE CUENTOS
REGALOS
CÁMARAS FOTOGRÁFICAS

Sólo en la LIBRERÍA ALSINA

Apartado 249 — (Sauter, Arias & Co.) — Teléfono 2036

El surtido más grande : Los precios más bajos

Discos COLUMBIA

Font & Nieto

Poemas de Julián Petrovick

=Del libro *Naipe adverso*. Ediciones *Ande*. Santiago de Chile. 1929=

Mañana

Un oceano de memorias
me pesa en la mano amarga.
Un viento joven me empuja por la espalda
con su cola de pez
para no despertar el sueño de mis recuerdos.
La angustia como los carbones de las usinas
me enciende esperanzas del color de los mares.
En los viajes nos vemos las caras
como entre el cielo y el mar.
Los recuerdos tienen cara de lobo.
Hombre solo
con alma de piedra
y sentidos de acero para una sola conquista,
detrás queda la inocencia desfigurada de sueños.
Mañana se pintará el calendario de árboles frutales,
siempre mañana.
mañana se acaba la angustia,
mañana, mañana.
La alegría está en el fondo de los mares,
iremos a pescarla con escafandras,
pero no está bueno que nuestros niños nos sigan,
que no sepan que tuvimos que buscar la alegría
en el fondo de los mares.
Los niños son para mañana.

El poema de las lejanías

Hermano, toma todos los poemas que quieras,
presiento que mañana podré ofrecerte
el perfume de la tierra
en amapolas y en zorzales,
las espigas doradas entonarán canciones del campo.
Otras miradas perforarán los muros de la soledad
para jugar los naipes morados del destino.
He recuperado la alegría en los bosques
para hacer mis canciones,
no sientes el olor de los geranios
y las flores de habas
que perfuman la soledad
en cuyos anillos se siente prisionero el viento de
frutas.
El viento de frutas es el aliento de nuestro pueblo
por eso saqué mi pañuelo
a empaparlo en el viento.
Tengo el perfume de los campos y los bosques
para mis cantos
como los trigueros y los gorriones
van perfumando el espacio,
al otro lado de la soledad
con sus cantos que deshojan pétalos de flores simples

Autobiografía

Vengo de la distancia latente de mis polos íntimos.
Tengo la fatiga de la distancia
como un esmalte en la piel de mis manos
y en la cáscara de mis ojos.
En ese camino he contraído mi soledad
y la amistad del viento me ha afectado el corazón.
Del mar se levantan mis sueños
que son los peces variados de mi lago salado.
Arrastro un cielo de árboles y de pájaros
que crecen y anidan en la huella de mis pasos.
El trigo alimenta
las palomas oscuras de mis presagios.
Los pueblos presentidos me dieron el encuentro
con el pulso firme de sus paisajes,
más cercanos de mi vida
por su cosecha amarga y la intransigencia del dolor.
Cada vez me queman más los afectos
y me vuelve la sed insistente de los mares.
No quisiera sino cantar como las aves
canciones improvisadas y dar mi sangre
para aumentar el caudal de los arroyos indefensos
por eso sin destino.
No sé lo que tengo adelante
pero mi frente se achata a cada golpe.
Me pesa la cabeza en los hombros
como los árboles de excesivo ramaje.
Mi alegría es más legítima que el resplandor del
metal
y que la imagen convexa de los espejos.
He visto llegar a los pájaros pisando el alba
y he sentido el nacimiento de los ríos
en la angustia de las planicies,
sé donde se oculta el viento y donde se refugia la
soledad,
sé como acarician los peces
a la generación que les ha de reemplazar.
Sé todo eso pero me ofusco en la hora absurda
que no cuentan los relojes.



Julián Petrovick

Madera de German Baltra

MARGEN

Julián Petrovick, nombre nuevo entre los nombres de América, signo de rebeldía y de fuerza que viene a juntarse a la acción unánime de la generación luchadora de la época. Naipe adverso *no es sólo un bello libro de poemas, sino también el aporte a la obra futura que se forja en las entrañas de los siglos y que marcará la etapa de una Civilización más humana alboreada en este lado del mundo, el más joven, fecundo y apto a la captación y asimilación de ideales generosos que más tarde alzarán su ancho himno de Humanidad triunfante.*

Julián Petrovick pone su libro—una parte de su obra de hombre y de trabajador social—ladrillo más en los cimientos de América—para que humanos corazones deletreen en él, la áspera dulzura que emana de esta hora de esfuerzo y de lucha, en donde cada vez más nos adentramos al dolor colectivo y le reflejamos sobre la tierra amorosa para que caliente las raíces del mañana.—**m.p.**

La inocente aventura del Trópico

Relato del segundo oficial Charlie Raeburn, de la Marina Mercante Americana y al servicio de la United Fruit Co.

Mi deber es confesar, antes que nada, que si ha habido alguna culpa es mía, exclusivamente mía. ¿Cómo podía imaginar que las cosas pasaran de tan insólita manera? Es cierto que soy joven, bastante joven; pero también lo es que siempre me he distinguido por mi circunspección y mi comedimiento. Soy lo que se llama un buen muchacho, un hombre formal: buen hijo, buen estudiante, apreciable marino. Mi hoja de servicios puede atestiguarlo.

Aquello sucedió tan de repente y con tanta sencillez, que todavía no salgo de mi asombro. Llevo ya tres años de viajar por las mismas latitudes, de sentir cómo los rayos del sol se hunden como dardos de fuego en las verdes entrañas del Mar Caribe, de contemplar los cielos sin mancha durante el día y sembrados de estrellas por la noche, de entregar mi cuerpo casi desnudo por el calor al soplo del viento apenas tibio. Y, sin embargo, nada hasta entonces me había hecho presentir la extraña aventura de la otra noche.

Ni siquiera cuando recogimos este precioso cargamento de señoritas en Nueva Orleans, tuve la más ligera sospecha de lo que el destino me preparaba en tan corto plazo. Así es que las he visto embarcarse con agrado y simpatía y hasta creo que dije para mis adentros: «¡Cuán justo es, Señor, que estas pobrecitas muchachas vayan a curarse a la playa del Hotel Washington de la terrible sofocación de Nueva Orleans!» Luego me di a pensar en aquel pedazo de mar, arrebatado por mis compatriotas al Atlántico, prisionero de vallas de cemento y vigilado por nuestros bravos marinos. Allí la vista es tan amplia, que se puede ver la sombra del Viejo Continente sobre los mares. Más cerca, los ojos descansan en las palmeras esponjadas, airosas conductoras del viento, y en las colinas ahogadas de verdura.



Madera de Amighetti

La alberca es grande y honda. Nace al pie de los jardines enanos, con tapicerías de musgo y avenidas de arena tibia, fina, grata a los pies desnudos de las bañistas que se posan sobre ella. Y cuando nuestros cuerpos se hunden en el agua, los peces y los negros nos contemplan curiosos por los redondos agujeros de las redes de alambre que nos separan.

De pie sobre el puente de proa, atento a las complicadas maniobras del buque, pensaba en estas y en otras muchas cosas. En cuanto a las viajeras, no tuve tiempo de examinarlas una por una; pero la regularidad de su fisonomía, que casi era una semejanza, su tipo alegre y sus ademanes juveniles, t a n n u e s t r o s, es decir, tan de mi raza, me causaron una impresión excelente. No pude menos que seguirlas con los ojos desde que saltaron a la cubierta hasta que desaparecieron de mi vista por los corredores de la nave.

Antes de continuar este relato, debo aclarar un punto que ahora se me viene a la memoria. Un amigo mío, cónsul de una república hispanoamericana en Panamá, me hace frecuentes bromas respecto a lo que él denomina «la suerte de los marinos con las mujeres.» Sus continuas preguntas que yo estimo capciosas, tienen la molesta virtud de exasperarme y confundirme extraordinariamente. Y lo peor del caso es que, cada vez que yo niego y procuro cambiar de conversación, me reprende entre burlas y veras por «mi discreción absurda e impropia de un amigo.»

—Aquí en confianza— me dice poniendo sus dos manos sobre mis hombros —cuénteme alguna de sus aventurillas... No tenga usted cuidado, que soy una tumba para guardar los secretos...

Entonces siento que toda mi sangre se me sube al rostro. A su sonrisa pícaresca y a sus desvergonzadas palabras respondo con mi noble silencio, lo que creo más digno, más propio de un caballero nacido en el Oeste de los Estados Unidos.

Pues bien, yo quería decir con todos estos circunloquios que no entiendo, que no me explico eso de «la suerte de los marinos con las mujeres» suerte que supongo muy semejante a la de los demás hombres. Estas gentes del Sur y de los trópicos que hablan el español, tienen una imaginación muy exaltada e inventan el pecado cuando no existe. Las señoras y señoritas que viajan solas en nuestros barcos son, como huéspedes, sagradas para nosotros, aunque tengamos con ellas relaciones de cortesía y, a veces, una camaradería cordial. Puedo asegurar que ellas corresponden a nuestra respetuosa atención con una amistad y una confianza firmes, inocentes. Todavía recibo periódicamente cartas y noticias de Miss Evelyn Richards, de Utah, que viajó en nuestra compañía en los primeros días del otoño de 1920. La constancia en los afectos es una de las características de mis compatriotas que más me llenan de orgullo.

Volviendo a mi relato interrumpido, recuerdo haber dicho que en el muelle de Nueva Orleans no me fijé con detenimiento en las jóvenes viajeras, y es verdad. Mas con verlas a bordo constantemente, poco a poco he podido distinguirlas con bastante precisión. Ahora puedo decir, sin temor a equivocarme, que Miss Mabel es la que tiene los ojos más azules y que el cabello de oro de Miss Mary es realmente incomparable. La pequeña Billy es traviesa y tiene las naricitas muy cortas. Miss Constance es demasiado seria y Miss Mabel excesivamente sentimental. En cuanto a Miss Claire, atacada sin piedad por el mareo, se ha pasado toda la travesía encerrada en su camarote.

Viajaba también con ellas Mrs. Florence, que es algo así como su dama de compañía, aunque bien podría pasar como la madre de las muchachas. Su aspecto es el de esas viejecitas que aparecen a menudo en el cinematógrafo, con su peinada cabellera blanca tan lisa y brillante que parece un espejo de plata, la mirada dulce escondida detrás de los anteojos y las manos finas, largas, siempre ocupadas en hacer calceta o en bendecir piadosamente al hijo pródigo. Mi pobre madre, que vive en Tucson, Ariz., se asemeja extraordinariamente a Mrs. Florence. ¿Qué dirá cuando sepa lo que me ha pasado? Espero en Dios que no desmentirá su excelente corazón y que, a la distancia, me seguirá enviando sus bendiciones y sus amorosos besos.

Hasta después de haber pasado La Habana, no comenzamos los oficiales del barco a hacer amistad con nuestras compatriotas. El resto del pasaje hablaba solamente el español y notábamos que ellas se aburrían y desesperaban. Mientras más nos acercábamos a la línea del ecuador, la temperatura se nos volvía más insoportable, y creo que fué la pequeña Billy la que nos pidió que improvisáramos una piscina donde pudieran refrescar sus cuerpecitos sudorosos. Por fortuna pudimos darles gusto merced a la gran cantidad de lona impermeable que poseíamos en la bodega, y pronto quedó arreglado el baño, que improvisamos en la depresión que se forma entre la cubierta de Primera Clase y la escotilla de carga, hacia la popa.

Su inauguración tuvo los caracteres de una fiesta magnífica El capitán asistió a la ceremonia y con él todos los pasajeros, sin distinción de categorías, contemplaron las primeras zambullidas de los nadadores, llenas de peripecias por el exiguo tamaño de la alberca. La pequeña Billy fué la que conquistó más frecuentes y merecidos aplausos, pues dos horas enteras se estuvo haciendo prodigios sin que el can-

sancio corporal interrumpiera por un instante sus graciosos juegos. Era de ver cómo encogía su cuerpo en los saltos arriesgados y en el aire lo distendía como un arco flexible. Al lanzar la flecha de sus brazos hacia el agua conmovida de antemano, ésta la recibía presurosa en su seno con su cortejo de risas y de espumas. Cuando nadaba, aquellos brazos que antes herían, acariciaban después las ondas y el cuerpo se deslizaba apacible, movido por un mecanismo oculto, lleno de facilidad y elegancia. Al salir de la piscina, se sentaba en el borde y pataleando repentinamente en el agua, mojaba a los asombrados espectadores de sus hazañas.

Por la noche, después de la comida, bailamos en el salón. A falta de orquesta, llevamos a bordo una magnífica «victrola ortofónica,» último modelo, y un extenso repertorio de «discos,» los más famosos en los Estados Unidos desde Nueva York hasta Los Angeles. El mar, que no estaba muy tranquilo, empujaba a las parejas unas contra otras y a todas a la vez sobre babor y estribor, siguiendo siempre el balanceo del buque. El espectáculo, nada novedoso para nosotros los marinos, divertía locamente a los pasajeros y, en especial, a las muchachas. La risa de ellas, alegre, continua, parecía un raro comentario de la música y un acorde extravagante a los repetidos tumbos de las olas. Parecían jugar con el sonido y con el movimiento y excitábanse por grados en aquel juego sucesivo.

Llega un instante en que la realidad no es suficiente para los impulsos del corazón. Con ansia deseamos y exaltamos la verdad hasta confundirla con la simulación y la mentira. Los golpes de mar no eran ya tan frecuentes y el balanceo de la nave se debilitaba por momentos, con dulzura. Y nosotros, quizás inconscientemente, seguíamos perdiendo el equilibrio, resbalando sobre las alfombras, estrechando mutuamente nuestros cuerpos y riéndonos a carcajadas de las graciosas caídas de los menos firmes o de los más audaces.

Entre todos los que bailábamos, yo era de los más tímidos. Pero Billy, cuya travesura es verdaderamente insoportable, me echó la zancadilla en el momento menos oportuno, y allá fuimos los dos contra la respetable Mrs. Florence, sobre cuyas faldas cayó, retorciéndose de risa, la endiablada muchacha. Yo me levanté azorado, intentando dar mis excusas; pero la buena señora no quiso oirlas e hizo sentarme a su lado unos minutos, mientras Billy, arrebatada por otro de los oficiales, continuaba su danza vertiginosa.

—Es un diablillo. Nunca se está quieta... —oí que comentaba Mrs. Florence.

Y yo, que todavía no salía de mi asombro, asentí con la cabeza.

Recuerdo que fue en ese momento cuando comencé a sentir un interés especial por la pequeña Billy. No sé cómo me vino la idea, mientras la miraba bailar, de que sus naricitas cortas agraciaban decididamente su rostro. De una manera insensible la comparé con sus amigas y, sobre todo, con Miss Mabel, que era la más bella y distinguida. Que Miss Mabel era más bonita que Billy, no me cabía la menor duda. Nadie en el mundo podía poseer unos ojos tan azules, tan grandes y tiernos, de tan profunda expresión. Los de la pequeña Billy me parecían hermosos solamente por su vivacidad, su inquietud, su constante moverse de un lado para otro.

También Miss Mary le lleva ventaja con su esplendorosa cabellera. Cuando antes la comparé con el oro, ha sido solamente para usar de una figura retórica que nada dice y dice mucho. Cuando se la mira se comprende que sus cabellos valen más, mil veces más. Con ser tan preciosos a la vista, creo que lo son más aún al tacto y sospecho que una de las mayores delicias sería hundir las manos en ellos, hasta dejarlas enamoradas de su tersura. Los de Billy, en cambio, ni siquiera son negros. Tienen ese color impreciso que llaman «castaño oscuro.» Lacios a la vista y al tacto, caen con cierta gracia sobre las sienes, en forma de espolones de navío. De esta manera modifican su rostro con dos manchas simétricas sobre las mejillas. Confieso su vulgaridad; pero no dejo de enaltecer su gracia picaresca.

En cuanto al carácter alegre de Billy, ¿no debe preferirse a la seriedad de Miss Constance y al sentimentalismo de Miss Nelly? Como producto de estas observaciones, llegué a la conclusión de que mucho me gustaba la pequeña Billy. Tuve que confesármelo a mí mismo, poco cuidadoso de la importancia que podía tener dicha confesión. La contemplaba mientras bailaba con su nuevo compañero y seguía con entusiasmo sus movientos ágiles, complicados en la técnica del *chárleston*. Mentiría si no dijera que buscaba de vez en cuando sus miradas, que ya principiaban a causarme cierto desasosiego, y que tardé mucho en darme cuenta de que Mrs. Florence me preguntaba por segunda vez si tendríamos buen tiempo durante el resto de la travesía. No recuerdo claramente cual fue mi contestación, pero sí que le dije algo respecto al calor insoportable, a la estrechez de la sala de baile, a la aglomeración de gentes y a las exigencias en el cumplimiento de mi deber, terminando por pedirle permiso para separarme de ella y salir a la cubierta unos instantes.

La verdad es que estaba ahogado por la alta temperatura del salón e inquieto por el giro que habían tomado mis pensamientos respecto a la pequeña Billy. La intención que me llevaba al apartarme de Mrs. Florence era la de encontrarme un rato a solas con el airecillo amistoso del mar y ordenar un poco mis ideas. Así lo hice, en efecto. Pero de aquel paseo sobre cubierta, hecho con lentitud, saboreando a pequeños sorbos el delgado licor de una brisa insuficiente, resultó la más extravagante de las aventuras. Llamaré la atención sobre el hecho de que todos los acontecimientos que se van a seguir sucedieron sin interrupción, y sin que mi voluntad desviara, en ningún sentido, su curso. Yo no buscaba la aventura; ella venía a mí, me envolvía en sus redes, e imposibilitado para oponerme a sus despóticos designios, me abandonaba con voluptuosidad a la suerte que me deparaba mi buena o mi mala estrella.

Varias veces había recorrido el barco sin encontrar a ninguna persona en mi camino. En aquella soledad impresionante calculé que sería ya más de media noche. Las luces del salón de baile se fueron extinguiendo una por una. Hacía tiempo que la música reposaba en su caja de madera. La proa de la nave cortaba airosa el mar y la cruz del mástil más alto persignaba con orgullo las estrellas. Reclinado sobre la borda, dejaba vagar mis ojos en el ancho y simple paisaje de los astros. Todos los minúsculos puntos luminosos parecían fundirse en una sola vislumbre plateada que descendía lentamente hacia nosotros. Y el mar, con impaciencia, subía sus aguas para tocar la luz.

Un ¡shsst...! autoritario y misterioso me distrajo de mi serena contemplación. A mi lado una breve figura femenina, en la que reconocí pronto a Miss Billy, se tenía erguida, con un dedo en los labios y una chispa burlona en la mirada. Aunque el asombro no me hubiera vuelto mudo, su imperioso gesto me habría impedido pronunciar una palabra. Ella me ordenaba callar y seguirla con todo género de precauciones para hacer el menor ruido posible. ¿Qué tenía yo que hacer, sino obedecerla?

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSÉ, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas de primer orden
Cajas Registradoras "National"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "Burroughs"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "Royal"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Motley, New York
JOHN M. KEITH — Socio Gerente
RAMÓN RAMÍREZ A. — Socio Gerente

Se puede figurar fácilmente cuál sería mi turbación, mi desconcierto ante un caso tan extravagante y fuera de lo normal. Incapaz de dar una solución a las mil preguntas que se cruzaban en mi mente, atropellándose, no me quedaba otro camino que el de la obediencia pasiva, sin explicaciones, irreflexiva y ciega. Cogida mi mano por la mano tibia de Billy, de puntillas como los malhechores, bajábamos las escaleras y atravesábamos los corredores del barco, solitarios, silenciosos, oscuros.

El más leve crujido de las maderas nos hacía detener la marcha. Apenas respirábamos. Volvíamos a emprender nuestro camino y a detenernos después. En una de esas detenciones, me vino el escrúpulo de examinar en mi interior el aspecto moral de aquella caminata nocturna. En un segundo recordé las indiscretas referencias de mi amigo el cónsul hispanoamericano. ¿Tendría razón, después de todo? Y, ¿cuál debía ser la actitud de un hombre de bien en tales circunstancias? ¡Ah! ¡Cómo me lamenté de no tener cerca de mí al Reverendo Padre Johnson, mi amigo, mi maestro! Él, con su profunda ciencia de la vida y con su hondo conocimiento de las Santas Escrituras, me hubiera tendido una mano, como Jesús, para sacarme de las revueltas ondas del lago de la duda.

Las ideas que pasaban por mi cabeza se arremolinaban confusas, sin ilación y también sin visos de verosimilitud. Tan pronto pensaba en una intriga amorosa como en un episodio caballeresco. Y bien podía ser (¿por qué no?) un juego sin importancia, una burla gentil de mis amiguitas. Pero, sin saber a punto fijo la verdadera causa, me inclinaba más a lo primero. Lo hacía por vanidad o por un necio amor propio. Creo que a ningún hombre le es indiferente saberse amado por las mujeres y estaba seguro de que Billy había notado mi reciente interés por su persona e interceptado mis miradas cuando yo me encontraba al lado de Mrs. Florence. ¿Dejaba, por esto, de ser extraordinaria su conducta? ¿No podía haberme demostrado su cariño de otra manera, más de acuerdo con los preceptos de la iglesia y las convenciones sociales? ¡No! La pequeña Billy no podía llegar a ese grado de frío impudor, producto más apropiado de la costumbre del vicio.

Reanudada nuestra peregrinación por los desiertos pasillos de la nave, llegamos por fín a la puerta de un camarote de lujo, no un camarote como todos los demás. Esto lo digo para que se vea la clase social a que pertenecían mis amigas. Antes de que pudiera interrogarla, Billy llamó con discreción y oí murmullos y risas que respondían a su llamada. Una delgada cinta de luz se pintó sobre el suelo y por ese puente luminoso penetramos los dos a la estancia, un poco cegados y aturdidos. En un segundo mis miradas atónitas recorrieron el saloncito minúsculo donde desparramadas sobre las sillas, divanes y lechos, se encontraban mis amigas y compatriotas. Miss Claire, que era la única a quien yo no conocía, me sonrió débilmente. Es una figura interesante, de ojos negros, pálida, con una expresión de cansancio y lasitud producida probablemente por el mareo. Miss Mabel, que fué la que nos abrió la puerta, tenía un cigarrillo entre los labios. Su sonrisa parecía saltar regocijadamente entre las espirales de humo. Allí estaban también saludándome con los ojos, Mary, Constance y Nelly. Al entrar, como una ovación apagada, sólo escuché el susurro de sus voces que decían al unísono:

—¡Oh!... Charlie...

Pero, Señor, ¿qué significaba todo aquello? ¿Me había vuelto loco de repente? En medio de la mayor confusión del espíritu y mientras miraba atolondrado a mi alrededor, Billy me hizo sentarme cerca de ella. Frente a nosotros apareció, como salida del suelo y por arte de magia una mesita llena de copas y licores variadísimos. Un arco iris de licores y en el centro de la mesa una *cocktailera* parecía gobernar, desde su lugar privilegiado, el desorden aparente de la cristalería. Y, a mi lado, Billy me decía persuasivamente:

—¿Qué te parece, Charlie? Esta es una fiesta íntima. ¿No sabes que tu grosero capitán mandó apagar las luces del salón antes de tiempo? Queremos seguir el baile y te hemos convidado para que seas de la partida...

Hay que ponerse en mi lugar. ¿Qué hubiérais contestado vosotros? Fuí débil y es preciso reconocerlo. La compañía de aquellas locas chiquillas era demasiado grata para mí y el vino, que yo no probaba desde hacía un mes, era un poderoso aliciente para hacer flaquear cualquiera otra decisión en contra. La mirada dulce y picaresca de Billy, que sonreía segura de mi aquiescencia, venció mis últimos escrúpulos. Además, mi razón no encontraba un argumento suficiente para negarme a la solicitación de mis amigas. He dicho «mi razón», pues lo que es mi sentimiento me advertía calladamente que corríamos un peligro oculto, imposible de precisar; pero no menos cierto e irremediable.

Esta inconformidad entre la razón y el sentimiento nunca se me había presentado durante mi vida. En todos mis actos habían ido cogidas de la mano invariablemente y en este acuerdo maravilloso nutría yo mi fortaleza, mis decisiones inquebrantables, mis imperativos de moral y hasta los mismos deseos, aun aquellos que no es posible nombrar en este relato. Considero tal motivo la causa principal de mi dicha anterior, el curso tranquilo y sin tropiezos de mi existencia. Asimismo, siempre he sentido conmiseración por los seres cuya razón y sentimiento corren disparejos, con el peligro de no poder refrenarlos en el momento preciso y ser arrastrado por las consecuencias de un acto que ya no tiene remedio. Y, sin embargo, yo caía en esa hora en aquello que tantas veces había censurado.

Apenas contesté que sí, cuando el programa de la fiesta comenzó a desarrollarse tal como lo habían pensado las muchachas. Los cigarrillos perfumados pasaban de mano en mano y se encendían sin interrupción. Las primeras copas de un licor transparente, claro, se vaciaron en medio de brindis entusiásticos. La pequeña Billy se apoderó de la *cocktailera* y a los acordes de un *jazz* cantado a la sordina, revolvía rítmicamente el *gin* con el *vermouth* y el *cherry*, en tanto que ejecutaba con su sorprendente habilidad los más difíciles pasos del *chárleston*.

Todo nuestro problema consistía en hacer el menor ruido posible. Las frases apagadas que salían de nuestros labios remedaban la cautela usada en una secreta conspiración de otros días. El acto de servirnos los *cocktails* por la sabia mano de Billy, parecía una ceremonía solemne. Pero como sólo éramos juramentados del placer, la alegría de los rostros y la ligereza de los ademanes burlaban la sombra de todo ritual romántico. A cada copa de vino, a cada nueva canción, una mayor cantidad de alegría circulaba con la sangre de nuestro cuerpo.

Sentía yo un curioso impulso de ensanchar el horizonte

El traje hace al caballero y lo caracteriza
y
La Sastrería

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este de "El Cometa", frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

de la estancia. Imaginábala demasiado estrecha para albergarme con toda la fuerza que se agitaba dentro de mí, y mis dedos se apretaban con un nuevo vigor insospechado. Comprendía con deslumbradora claridad que tales eran los efectos de la bebida y más me regocijaba al encontrarme audaz y contento. Hacía calor, pero un calor que templaba los nervios y tonificaba las arterias. La mirada de mis amigas era más viva, sus gestos más llenos de confianza, sus palabras más atrevidas. Respondiéndo a sus picantes bromas me atraían de un lado para otro y por fin me obligaron a sentarme en medio de ellas. Miss Nelly, reclinada la cabeza sobre mis hombros, recitaba a media voz unos versos de Tennyson y Miss Constance, sin perder su gravedad, acariciaba mis manos con ternura.

Veía a la pequeña Billy, como en un sueño, deslizarse maravillosamente sobre el piso, contorsionar su cuerpo en una forma inverosímil, quebrar las piernas, echar la cabeza hacia atrás, fruncir graciosamente los labios como para producir un silbido. Las untadas guedejas de su cabello castaño se le despegaban de las sienes y volaban, tapando y descubriendo los ojos según el capricho y el vaivén de los pasos de baile. El sudor le corría por la frente cuando, con la *cocktailera* en la mano, la miraba acercarse a mí, extender los brazos, destapar el precioso líquido y verterlo acompasadamente en mi copa, en la de sus amigas, en la suya. La espuma del licor saltaba sobre la alfombra y el sonido de la cristalería, al chocar entre sí, formaba alegre coro a nuestras frases, a nuestras risas, a nuestras canciones.

Ya entonces sentía que los objetos se esfumaban ante mi vista, pero seguía bebiendo sin descanso. Me admiraba no sentir ni pesadez ni deseo de dormir, pues el cuerpo se me volvía más liviano y los músculos más ágiles. La bruma, en cambio, se hacía más densa a mi alrededor. Cerré los ojos inútiles cuando el rostro de Miss Nelly había subido desde mis hombros hasta mi boca. Más arriba, aspiraba los perfumados cabellos de Miss Mabel y Mary, sentada en mis rodillas, apoyaba sus labios en mi frente, con inquietante caricia que no terminaba nunca.

El baile de la pequeña Billy tomó de repente caracteres fantásticos. Con la falda subida a la mitad del muslo, danzaba en el aire, sobre todos nosotros. En la niebla confusa de la estancia, parecía bailar sobre las nubes. Tendido sobre el lecho, rodeado por mis amigas solícitas, el cuerpo se me iba volviendo temblor y música. Un dulce afán me dominaba y la última sensación fué la de los cálidos brazos de Billy, que se enroscaban, lenta, pausadamente, a mi cuello...

AL DÍA SIGUIENTE POR LA TARDE

El capitán, que me ha mandado llamar a su camarote, ha reprendido con dureza y justicia mi escandalosa conducta de anoche.

—Creo que sabréis cumplir con vuestro deber, me dijo para terminar. —Vuestra ligereza exige una reparación inmediata.

He salido aturdido de la conferencia. El conflicto me anonada. ¿Una reparación? ¿Y qué clase de reparación es la que se me exige? Que yo sepa, no existe más que una. Y bien, yo estaría dispuesto a casarme con la pequeña Billy... pero... ¿Y Nelly? ¿Y Miss Mabel?... ¿ Y las otras?...

Hoy mismo escribo detalladamente a mi madre y a mi querido maestro el Reverendo Padre Johnson. Que ellos, con su bondad y su sabiduría infinitas, iluminen el antro pavoroso de mi conciencia.

Enrique González Rojo

(De *Contemporáneos*. México, D. F.)

El monumento a Roosevelt en Panamá

Protestan los laboristas panameños

Alberto L. Rodriguez

saluda cordialmente al amigo García Monge, y le agradecería, publicar la adjunta resolución del Partido Laborista Panameño, en La Luminaria de América - que es el* Repertorio Americano, *para el cual formula la juventud revolucionaria de Panamá, sus votos fervientes de adhesión y de aplauso.

Colón, Agosto 20-1929.

El Comité Ejecutivo del PARTIDO LABORISTA PANAMEÑO, vistas las declaraciones hechas por los miembros del Partido en el Concejo Municipal de Colón y que dicen así:

«Los que suscribimos, miembros del Concejo Municipal de Colón, y delegados del Partido Laborista Panameño en el mismo, hacemos constar en la sesión de hoy:

PRIMERO: Que la forma, injustificadamente precipitada, como se votó, en la última sesión celebrada por el H. Concejo Municipal de Colón, el primer debate del proyecto de acuerdo por el cual se dispone una partida de quinientos balboas para contribuir a la erección, en Panamá, de un monumento a T. Roosvelt, nos imposibilitó para hacer manifestación alguna sobre este particular.

SEGUNDO: Que no daremos ni tácita ni expresamente nuestro voto al proyecto de acuerdo referido.

TERCERO: Que nos reservamos nuestra más enérgica protesta para el caso de que el proyecto de acuerdo al cual nos venimos refiriendo, sea declarado ley municipal por el apoyo de la mayoría.

Como ciudadanos panameños consideramos el monumento a T. Roosvelt en Panamá, como un acto lesivo a nuestra dignidad nacional, puesto que no otra cosa es aclamar como benefactor de la República a quien se vanaglorió de haberse cogido el país para el poderío yanqui. Aun permanecen latentes en el ambiente las palabras ***I took Panamá,*** pronunciadas por T. Roosevelt, para justificar ante sus conciudadanos, su conducta de absorción y de explotación de nuestra tierra.

Las frases con las cuales hoy se pretende fundamentar el homenaje al ex-presidente estadounidense, no pueden tener valor alguno, como en realidad no lo tienen para los panameños, porque ellas fueron pronunciadas como consecuencia lógica y obligada por la declaración solemne hecha anteriormente por el Gobierno de los Estados Unidos de Norte-América, contenida en el Tratado Herrán-Hay y que dice así: «Los derechos y privilegios concedidos a los Estados Unidos por los términos de esta convención, no afectarán la soberanía de la República de Colombia sobre el territorio dentro de cuyos límites habrán de ejercerse tales derechos y privilegios. El Gobierno de los Estados Unidos reconoce en todo esta soberanía y rechaza toda pretensión de menoscabar de una manera cualquiera o de aumentar su territorio a expensas de Colombia, o de cualquiera de las repúblicas de Centro y Sur-América y desea, por el contrario, robustecer el poder de las repúblicas de este Continente y promover, desarrollar y conservar su prosperidad e independencia».

Como militantes del PARTIDO LABORISTA PANAMEÑO, somos declaradamente y firmemente anti-imperialistas. Por lo que consecuentemente, no podemos consentir con nuestro voto en que se perpetúe en el bronce o en el mármol, a quienes, en una u otra forma, ataron y atan la República al carro fatídico y deprimente del Imperialismo Capitalista de Norte América. No podemos justificar, mucho menos aplaudir o glorificar el ***I took Panamá*** que puso en evidencia las aspiraciones de dominación económico-política de la patria de Lincoln y de Washington sobre el continente indo-americano.

Por otra parte, consideramos también que el monumento a T. Roosevelt es un acto de esa fementida política de cordiales entre Estados Unidos de Norte-Américe y Panamá, que tiene sus resortes en el deseo indigno y humillante de algunos de nuestros políticos de obtener el favor de la Casa Blanca, halagando la vanidad de ésta, para satisfacer sus ambiciones de poderío e influencia políticas entre nosotros.

El Municipio de Colón, que representa al pueblo noble y libre de Colón, precisamente uno de los más afectados por la conquista del Dólar, no puede ni debe por decoro y por imperativo de los intereses que le están confiados, contribuir a esta farsa del Panamericanismo, dando su óbolo para glorificar a quien como T. Roosvelt, no fue más que un rodaje de la monstruosa maquinaria capitalista yanqui, que ha manchado sus piezas con sangre de nuestros hermanos.

Colón, agosto de 1929. (Fdos.) Pedro N. Rhodes, Ramón Salabarria Mesa, Walterio Wallace, Alejandro A. Caballero.

y considerando que este también es el pensamiento del Directorio del PARTIDO respecto al monumento a T. Roosvelt, en Panamá.

ACUERDA:

Hacer suyas las declaraciones transcritas hechas por los delegados del PARTIDO LABORISTA PANAMEÑO en el Concejo Municipal de Colón, al considerarse el proyecto de acuerdo para ayudar con quinientos balboas a la erección en Panamá de un monumento a T. Roosevelt.

Désele la mayor publicidad a esta resolución y actívese una campaña contra el propósito arriba enunciado.

Dado en Panamá, a los diez y ocho días del mes de Agosto de mil novecientos veintinueve.

EL DIRECTORIO.

(fdos.) Cristóbal L. Segundo, Alberto L. Rodríguez, Jorge R. Brower Jr., Luis F. Lasso Jr., Eugenio L. Cossani.

Es fiel copia de su original.

Alberto L. Rodriguez
Srio del P. L. P.

Sin novedad en el frente

«Este libro no pretende ser ni una acusación ni una confesión. Sólo intenta informar sobre una generación destruida por la guerra. Totalmente destruida, aunque se salvase de las granadas».—*Erich Maria Remarque.*

Con esta declaración de fe, centinela avanzado a la entrada de un mundo desconocido, se abren las páginas de uno de los libros más sensacionales de la literatura mundial contemporánea. •

Síntesis sicopatológica de aquel fenómeno social que estremeciera el mundo, dolorosa vivisección de un organismo enfermo, *Sin novedad en el frente* refleja el estado de crisis a que llegó la Civilización europea al choque violento de la ambición de poderío, disputado fieramente por los núcleos organizados de la sociedad capitalista, y que al cabo, ley fatal que rige el desenvolvimiento de la Historia Económica, fue a decidirse en pro de un tercer enemigo, mucho más joven, más potente, en pleno y gigantesco desarrollo, que debía erguirse en amo de los destinos del mundo.

Pero este libro no filosofa sobre las causas ni los efectos de la guerra. Es solamente el relato de la vida de la generación más joven de Europa, totalmente destruida por la guerra, aunque se salvara de las granadas.

Buscamos en la literatura contemporánea, plagada de deshumanización y en plena época transitoria, y encontramos que, tal vez, sólo la literatura rusa puede presentarnos un libro del contenido humano que es el relato de *Sin novedad en el frente.* Y sin embargo, no es un libro ruso. Libros efectistas, libros costumbristas, donde lo menos que existe es lo natural, libros filosóficos, libros literarios, cargados de literatura y de sapiencia. *Sin novedad en el frente* no trae nada de eso. Es el relato simple y llano de un soldado de la guerra europea, un niño de 18 años que presencia y es autor de una de las páginas más sangrientas de la Historia. Generación empujada a la muerte por un fiero poder invisible y que destruyó en ella para siempre el cálido concepto de la vida. Nada forzado, nada creado, nada imaginativo. Es como una de esas pinturas realistas de la naturaleza, cinematógrafo fiel de toda una etapa de la guerra, de un lado de la batalla, de uno de los frentes. Por eso nuestro recuerdo de la literatura rusa. Aquellos aguafortistas formidables, como Gladkov en *Cemento*, que nos dan una versión humanísima del pueblo sin disquisiciones filosóficas, aún en los más arduos trances de la vida, incapaces de producirse en ciertas capas sociales, pero con una fuerza dramática profunda.

El que habla, el que relata, el que «vive», no es un revolucionario, jamás se le oye una palabra tendenciosa, apenas si insinúa una posibilidad de rebelión al final del libro, agotada la sensibilidad: «si no llega la paz, vendrá la revolución...» No hace propaganda de ideas sociales, no maldice la guerra, no se queja de su suerte. Es un hombre, y lo que es más aún, un hombre casi un niño, lleno de angustiosa sorpresa y que acepta el destino que se le impone. Acabado de amanecer a la vida sale del colegio para cambiar el libro de cursos por el fusil, y lleva a la trinchera su equipaje de entusiasmos juveniles, su gran curiosidad y su alegria. Allí en el todo negro donde se hunde y se liquida todo, transcurren sus cuatro años intensos como siglos.

En todo el libro no se siente una sola chispa de odio al enemigo del otro lado. Solo es un instinto de defensa, trágicamente desarrollado, pero como si no fueran los hombres los que atacan, sino el mismo Destino erguido y materializado en las manos anónimas de los hombres. Si uno de esos momentos patéticos en que la defensa a puñaladas se impone, luego de haber concluido con su enemigo, nuestro

Maderas de *Amighetti*



héroe llora lágrimas silenciosas y con aquel lenguaje sencillo del hombre que se siente solo, pide perdón al muerto: «camarada, yo no quería matarte, ¿lo ves? era a una idea, no era a ti a quien yo quería terminar. ¿Quién dice que eres mi enemigo? pero si no lo hago yo, lo habrías hecho tú conmigo, esa es la consigna... Perdóname, camarada, quisiera devolverte la vida para probarte que no era a tí a quien yo quería matar...» Era la primera vez que veía a su víctima, aunque muchas otras veces hubiera causado innumerables muertes. La agonía lacerante del «enemigo» conmovía su corazón hasta humanizarlo, en aquel estado en donde sólo actúa el instinto y la bestia.

Variadamente, en el mismo instrumento de emoción humana, van recorriéndose todas las cuerdas. Y vivimos las horas interminables de la trinchera con la amenaza de la muerte rondando todos los minutos, el frente, las prisiones, donde se agotan los hombres, los cuarteles de instrucción, y las de la licencia.

El soldado que ama el recuerdo de su casa, de la madre, de la amiga, va temblando con la congoja apretada a la garganta, el día que sube las escaleras de su casa. Un golpe de lágrimas y algo más fuerte que la agonía y que el miedo, la emoción de volver a ver a la pobre madre. Pero aquí tampoco hay literatura emocional. Nosotros esperábamos los arrebatos del afecto, lógicos en otros hogares. «Los pobres somos parcos en caricias. En mi casa nunca hubo exceso de afectos, como si nos avergonzara...» Este choque nos estremece en carne viva. Muy pocas palabras, las indispensables, y un gran esfuerzo porque la presencia del hijo sea como si nunca se hubiera alejado de la casa. Esto no obsta para que la madre a solas, pase horas de horas sollozando bajito con la idea de que el hijo vuelve sano y tendrá que devolverse a la trinchera... Y el hijo mientras tanto, haciendo esfuerzos inauditos por familiarizarse con el ambiente de su casa, con sus libros de escuela, con la vida, que le huye irremisiblemente.

También hay alegrias en la trinchera. También el pobre soldado se divierte cuando halla con quién, con la sonriente convicción de apurarlo todo de una vez, no sea que le coja la muerte. Furtivas mujeres ponen su caricia sobre estas víctimas prematuras. Encuentros milagrosos de trincheras abandonadas, donde quedaron buenas provisiones de alimentos que hacen creer en un día de fiesta. Motivos chuscos, motivos alegremente dolorosos, como los repetidos viajes al retrete, ocasionados por haber comido demasiado, luego de la costumbre de no comer muchos días.

Y aquella exclamación de la que tanto se burlaron los aliados con malintencionado cinismo en su propaganda tendenciosa por el mundo: «kamarade...! kamarade!...» voz de las trincheras sacudidas por el horror de la muerte, por el hambre, por el agotamiento físico y moral; expresión trágica de los hombres más jóvenes que exprimían sus vidas inocentes para defender los intereses del capitalismo mundial.

La tierra negra removida por las granadas, blanda y humana, más que la madre, más que el amante, donde los pobres perseguidos se plegaban, se hundían hasta hacerse unos con ella, la pobre tierra herida, llena de gajos de carne, húmeda de sangre, que los defendía un instante para hacerlos avanzar luego y recogerlos otra vez, quizá para siempre.. «Tierra, contraola de la vida recuperada! Para nadie es la tierra tanto como para el soldado.»

Erich Marie Remarque no es un literato. De allí su sencillez y su humanismo. Lejos de toda escuela, ha hallado su verdadera expresión en esta obra sin literatura. Su obra es una especie de desahogo. Todavía pesa sobre la conciencia de los que respetó la muerte fisica, la pesadilla de la guerra. Sus recuerdos almacenados, lleváronle a la tortura, y por eso escribió, para librarse de ellos.

A través de su relato se siente el flajelo de las fuerzas materiales qne desencadenaron su furia sobre la vieja y carcomida civilización europea. La guerra marca una etapa No es sólo el crepúsculo de sangre de una época que ha cumplido su trayectoria y declina. Es también el anuncio de una aurora nueva — «resplandor sobre el abismo» — que surge del caos para alumbrar los futuros cimientosde una humanidad rehabilitada. De la sangría pavorosa, holocausto al desenfreno materia lista, quedan profundas enseñanzas, campos fecundados para que florezcan—ya están floreciendo — las espigas que habrá de cosechar la generación que no conoció la guerra.

Magda Portal

San José, noviembre de 1929.



Erich Marie Remarque quiere ser un hombre sencillo

= Versión de *Lecturas Dominicales*. Bogotá =



Erich Marie Remarque

Un poderoso automóvil de turismo que corre por Bismark Strasse, en las afueras de Berlín; en el timón un hermoso y bronceado joven, sólidamente conformado, de garrida y sonriente cara, que aparenta seis años menos de sus treinta y dos bien contados. En apariencia puede ser un americano, un remero inglés, o un ejemplar de cualquiera de las rubias razas del norte europeo. Es Erich Marie Remarque, el escritor alemán, cuyo libro: *Sin novedad en el frente*, ha acaparado la atención de todo el mundo civilizado.

Casi frente al Funkturm, que es la Torre Eiffel de Berlín, torcimos bruscamente hacia la izquierda y entramos a la pista privada del señor Stinnes, en la cual, mediante el pago de un pequeño derecho, los amigos de la velocidad pueden acelerar sus carros. Frente a nosotros dos muchachos de boina conducían un automóvil de carrera.

«Vamos a ver sus habilidades», dijo Remarque con una maliciosa sonrisa. El auto de carrera volaba frente a nosotros, cuando Remarque abrió las válvulas del suyo y se puso a zumbar como un aeroplano de bombardeo. El speedómetro marcaba 100, 120, 130 kilómetros y llegó a pegarse al extremo del disco. En cosa de dos minutos los muchachos de la boina se quedaron detrás de nosotros. En el rostro de Remarque se acentuaba una feliz e intencionada sonrisa. Es un devoto de las altas velocidades.

—¿Piensa usted tomar parte en alguna carrera? le pregunté.

—Más tarde—me respondió con un guiño;—cuando haya concluído mi literatura. Entendí con ello que no lo haría nunca.

A la próxima terminación de Automovile Strasse, nos internamos en la fragante selva de pinos de Grunewald. En aquella calurosa tarde, medio Berlín parecía haberse salido hacia los bosques y los lagos. Los brillantes cafés del borde del camino estaban colmados de gente y los andenes rebozaban de peatones. Ibamos despacio, para conversar. Le hice la primera e inevitable pregunta:

—¿Cómo fué para escribir su libro?

Me miró. Fuera de sus ojos, Remarque podía ser uno de las decenas de miles de robustos muchachos que uno encuentra en las capitales europeas; pero su mirada tiene una viveza, una potencialidad, una penetración, que revelan la mentalidad y el carácter que hay tras ellos.

—El regresar a Alemania, después de la guerra, me dijo, fué una terrible experiencia para cada uno de nosotros. Tras el cansancio, las penalidades y el horror de la lucha, encontramos al país en un completo estado de desintegración. En dondequiera, hambre, depresión y fatiga. Mi retorno al hogar se amargó con la muerte de mi padre. Fué para mí un golpe terrible. Entré al ejército cuando apenas era un niño, y al regresar no tenía un oficio determinado. Así tuve que aceptar lo que se me ofreció: maestro de escuela, obrero, periodista. En ningún oficio pude durar. Nada me satisfacía. Estaba poseído de una permanente inquietud. Iba de un puesto a otro.

Remarque calló por un momento y se mordió los labios.

—Había algo que me oprimía: el peso de todos los horrores y sufrimientos què presencié durante los años de la guerra. Lo tenía adentro, inexpresado y confuso, robándome la paz del espíritu e imposibilitándome para los oficios ordinarios de la vida. Por fin, en la redacción de un semanario ilustrado, comprendí que era preciso ordenar todas esas sensaciones y enfocarlas una vez por todas. La idea de mi libro me vino como una especie de válvula de seguridad. Al regresar a casa, una noche, después de mi trabajo, comencé a escribir. Por razones obvias adopté la forma novelesca, pero no escribí sino la verdad desnuda. No pretendí escribir para un vasto auditorio, me proponía tan sólo ver con claridad las peripecias que había tenido que vivir y relatarlas con la mayor sencillez, como si estuviera conversando con un amigo íntimo. En seis semanas había terminado el libro. Ese libro se había escrito solo. Lo llamé ***Im Westen Nichts Neues***, *Sin novedad en el Oeste*.

—Un formidable monumento de ironía, anoté.

—Cuando mis lectores terminan el libro, asintió Remarque, lo cierran y vuelven a leer el título: *Sin novedad*. Todo cuanto relato en mi libro sucedía cuando oficialmente nada ocurría.

—¿Naturalmente, los editores se arrebataron el manuscrito?

—No. Dos me lo devolvieron, después de leerlo. Les pareció admirable, pero declararon que no tendría venta. Un amigo mío habló con una sociedad editora, la que me hizo una oferta. Quince minutos después de que el contrato estaba firmado, una firma competidora me hacía otra propuesta.

—Qué sensación le produce ser el autor más leído del mundo?

Dejó de sonreír.

—Evito pensar en ello, hasta donde es posible. No he leído sino dos o tres notas acerca de la primera edición alemana. Lo que llaman gloria, no me seduce. No la necesito La gloria se interpone entre el hombre y la realidad. Tan pronto como uno adquiere la celebridad, pierde el contacto con la humanidad y con la vida. Por esto vivo tan recatadamente, lejos de la exhibición. De otro modo me sería imposible escribir para el corazón y el cerebro de los hombres y de las mujeres sencillos. Me gustan las cosas naturales: las flores, los árboles. Por esto tengo una pequeña casa de campo y me dedico a criar perros.

Pensé entonces en el tercer piso de la tranquila calle de Wilmersdorf. donde encontré a Remalque el día anterior Allí trabaja y aun en medio de montones de libros y papeles, encontró la manera de colocar algo que le recuerda su casa de campo: un gran tanque de vidrio dentro del cual nadan unos cuantos peces en medio de plantas acuáticas.

—¿Pero si le gusta Berlín? pregunté.

—Sí me gusta, pero detesto la vida social y literaria. Sólo me encuentro a mis anchas cuando hablo con la gente ordinaria, en los cafés y en las calles. El pueblo sencillo, el que trabaja y no teoriza. ¿Sabe lo que me causa mayor placer? Las cartas que recibo de los soldados, de los hombres a quienes mi libro ha ayudado a enfocar la guerra, a ver las cosas otra vez como eran. En mi próximo libro procuraré ayudar a los hombres a enfrentarse y a resolver los problemas de la vida. Para lograr este objetivo trataré de vivir sincera y llanamente.

No hay *pose* alguna en la modestia de Remarque. Habla en voz baja. No le agradó que lo llamara modesto. Realmente es difícil oírlo hablar de sí mismo. Está dominado por la pasión de ayudar al prójimo. Quiere usar los dones de su corazón y de su mente para acabar con la miseria, la estupidez y la crueldad que aún existen, activas o latentes, en este mundo de la post-guerra. Le place el éxito como una prueba de que los hombres comprenden su intención.

Pasando a cuestiones más generales, le pregunté:

—¿Cuál cree usted que haya sido el resultado más positivo de la guerra?

—Un inmenso incremento en la voluntad del mundo hacia la paz. Todos comprenden hoy que la guerra es un horror y un anacronismo que puede ser evitado y esta comprensión no es el monopolio de ningún sector político o social. Es de todas las clases, aun de los soldados. En este estado de ánimo la humanidad encontrará la fórmula para acabar con la guerra.

—¿Cuál es la posición de Inglaterra y de los Estados Unidos en el mundo?

Remarque vaciló.

—Usted comprende, dijo, que yo no soy un político. Le doy apenas mis puntos de vista personales, en lo que ellos puedan valer. Inglaterra y los Estados Unidos marchan a la cabeza de las naciones civilizadas, y como tal su interés reside en colaborar en la concepción de un nuevo mundo, del cual está excluída la guerra. Yo creo que esos dos grandes pueblos serán una fuerza para la paz.

—¿Y Alemania?

—Alemania atraviesa un terrible período de

conmoción. Se necesitan más de diez años todavía para que pueda mostrarse la faz de la nueva Alemania. La totalidad de la población adulta ha vivido bajo dos circunstancias completamente distintas: la ante-guerra y la post-guerra. Los nuevos pobres no pueden olvidar que antes fueron ricos, y ahora no quieren trabajar; de aquí la violencia de nuestras divisiones políticas. En cambio, la generación joven, ha aceptado las nuevas condiciones de vida.

Hablamos enseguida de literatura. Me dice sus preferencias por Bernard Shaw y por Wells, sin olvidar a Arnold Bennet, y agrega:

—Sin embargo, el escritor inglés que más me llena es Roberto Louis Stevenson. De los americanos, prefiero a Teodoro Dreisser, a Sinclair Lewis y a Jack London.

Hemos llegado cerca a un restaurante. Al pasar por medio de las mesas, la gente vuelve a mirar, pero no sé si admiran al robusto y hermoso joven que me acompaña o al autor que ha sabido conmover la sensibilidad mundial.

Cyrus Brooks

Bibliografía titular

(Se registran los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

El tomo I de las ***Páginas Escogidas*** de V. I. Lenin llega a nuestras manos. Como envío de las Ediciones EUROPA-AMÉRICA, 75, Rue de la Roquette. París (XI).

De cuatro tomos constarán estas ***Páginas Escogidas.***

En este primero se incluye *La campaña por el programa; la táctica y la organización del Partido* (1895-1904). El tomo segundo contendrá: *El Partido bolchevique en acción* (1904-1914). El tercero: *Durante la guerra* (1914-octubre-1917). Y el cuarto: *En el poder* (1917-1923).

Uno de los libros últimamente editados por ESPASA-CALPE, S. A., Madrid:

W. G. Wells: *El salvamento de la civilización.* Versión española de Ricardo Baeza. Madrid. 1929.

Dos títulos recientes de la NUEVA BIBLIOTECA FILOSÓFICA, Madrid:

W. Wundt: *La evolución de las filosofías.* Trad. del alemán por Emilio R. Sadia. Madrid. 1929.

Pitágoras: *Los versos de oro* (Hierocles). Comentario a los Versos de Oro de los pitagóricos. Versión castellana de J. M. Q. sobre la nueva trad. francesa. Con prólogo y notas de Mario Meunier. Madrid. 1929.

Por las ediciones BABEL, de Buenos Aires, acaba de salir esta obra de Waldo Frank:

Nuestra América. Traducción de Eugenio Garro. Buenos Aires.

Revista de Occidente acaba de sacar:

J. Hessen: *Teoría del conocimiento.* Trad. del alemán por José Gaos. Madrid.

Una biografía que hacía falta:

Carlos Jinesta: *Manuel María Gutiérrez.* Agosto de 1929. Cartago, C. R.

El Instituto de Literatura Argentina, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, nos envía:

Miguel Cané: *Esther.* Buenos Aires. 1929.

Cinco folletos interesantes:

Alberto Palcos: *Ciencia y Pedagogía.* La Plata, Rep. Argentina. 1929.

De la serie «Cuadernos de temas para la Escuela Primaria». Y por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Univ. Nac. de La Plata.

León Fraser: *The reparation settlement signed June 7, 1929.*

Cuaderno N.° 258 de la International Contilation de Nueva York.

Reglamento de Escalafón. Ingreso al servicio, calificación y ascensos del personal de educación primaria y normal. Santiago de Chile. 1929.

Reglamento General de las Escuelas Primarias. Decreto N.° 3060 del 1 de agosto de 1929. Santiago de Chile.

Ambos folletos sacados por el Ministerio de Educación Pública, Dirección General de Educación Primaria. Chile.

En deuda con LA REVISTA BLANCA de Barcelona (Calle Guinardó, 37) porque nos ha dado esta obra de mucho valor.

Max Nettlau: *Eliseo Reclus.* La vida de un sabio justo y rebelde. Trad. de V. Orobón Fernández. Vol. I.

Con piedrecita blanca anunciemos la aparición de esta obra.

La Secretaría de la ***Universidad Nacional del Cuzco*** (Apartado N. 28. Cuzco Perú) saca una excelente revista universitaria. Nos llega el Vol. I del Año XIII, primer semestre.

Por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, Sección 3.ª, nos llega:

J. M. Yepes: ***Estudios Internacionales.***

El sumario dice mucho de la doctrina de la obra: Carrera diplomática y consular. Codificación del Derecho Internacional. Pacto antibélico. Doctrina Monroe. Los Estados Unidos y la América Latina. La nacionalidad. El mar territorial. La responsabilidad de los Estados. La Liga de las Naciones. El Panamericanismo.

La editorial RENACIMIENTO, de Madrid, ha hecho circular esta obra:

Concha Espina. De su vida, de su obra literaria al través de la crítica universal. Madrid.

Don Gerardo N. Leza, traductor español de la obra *Cuentos Occidentales para niños grandes,* de William E. Blakely ha tenido a bien obsequiarnos con un ejemplar. Edita la obra del gran humorista yanqui, J. Samet, editor y amigo de Buenos Aires.

The MACAULAY COMPANY de New York nos ha remitido un ejpr. de la obra:

Destroying Victor, de nuestro gran amigo, y también lo es de nuestra América, ***Carleton Beals.*** The Macauly Co., New York. 1929.

Con gusto leeremos esta novela del profesor universitario que se hizo carrera en la política y en los negocios.

De los autores:

Armand Godoy. *Foch.* París. Emile-Paul Freres. 1929.—Edgar Poe: *Le corbeau.* Traduit par Armand Godoy. Orné d'un frontispice de Mariette Lydis. París, Emile-Paul Freres. 1929.

STUTZ
EL REY DE LOS AUTOMOVILES
POTENCIA - LUJO - CONFORT - ECONOMIA
EXISTENCIA COMPLETA Y PERMANENTE DE REPUESTOS
PRADILLA & Co.
TELEFONO 3651

BANCO NACIONAL DE SEGUROS
SAN JOSÉ, COSTA RICA
PLENA GARANTÍA DEL ESTADO
Seguros sobre la vida-Incendio-Accidentes del Trabajo-Transportes Marítimos
Capital.............................. ₡ 4,000.000.00
Reservas diversas al 31 de Octubre, 1929. 3,351.406.83
Pólizas en vigor a la misma fecha. ₡ 78,823.994.58



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Libros canónicos

= De *El Sol*. Madrid =

Acaba de ser dispuesto que sólo ciertos libros puedan utilizarse en los colegios de la nación. «Los catedráticos no podrán señalar ni recomendar *en caso alguno* otras obras que las declaradas de texto oficialmente, ni tampoco ninguna otra como complementaria de las antes mencionadas».

Desearíamos discurrir sobre este hecho, como sea posible, con el fin de examinar el fondo común sobre que se diseñan el actual y el anterior estado de cosas. A este efecto, la última base de observación han sido para nosotros los exámenes del llamado Bachillerato universitario. En general (en un 80 por 100 de casos) los estudiantes no habían leído en toda su vida más libros que los llamados de texto o los apuntes que contienen la fórmula responsiva, ajustada a cada pregunta del cuestionario. Sobre eso se concentra el cuidado del profesor; a eso conceden importancia primaria los alumnos, las familias, el ambiente social y el oficial. Se trata de contestar, de saberse la *papeleta*. La expresión procede de las escuelas militares y ha pasado al lenguaje general: «tocarle a uno una papeleta». Se han combinado aquí la afición por los ritos externos y la fe inquebrantable en la lotería. En el fondo, ambiente de magia; parecer y no ser; sobre todo, no comprometerse. Aquel duque de Estrada de nuestro siglo XVII, un magnífico desvergonzado, tan mentiroso como buen escritor, decía que nunca hizo acciones «sino de divertido y abstracto: siendo incrédulo a lo que veía y pareciéndole sueño».

Un 90 por 100 de los jóvenes que la enseñanza secundaria (la privada aún más que la oficial) proyecta sobre la sociedad no saben escribir con ortografía; son incapaces de acentuar las palabras o de puntuar las frases. En un grupo de doce bachillerandos, sólo dos supieron medir la temperatura del agua con un termómetro, lo que no les impedía *contestar* los temas de física. Para uno, el *granito* era un ejemplar que el profesor le había mostrado en el museo de su colegio. Entre 26 examinandos de letras, sólo dos sabían lo que era un romance y carecían de noción directa sobre lo que constituye el más alto tesoro de nuestra tradición poética y nacional. Para la casi totalidad de los españoles, su país es lo que hoy puede verse y tocarse con las manos. No olvidemos, sin embargo, que, según Cicerón, «no saber lo que haya acaecido antes de que nacieras es casi un no existir». En el caudal de sus lecturas acerca de la civilización patria y universal, los jóvenes cuentan sólo con los libros de texto; en los mejores casos, conocen alguna novelita moderna o libros de aventuras policíacas y de viajes. Los periódicos no suelen ser leídos por la juventud.

El resultado necesario a que nos estamos encaminando es éste: la lengua española, como medio de expresión culta, va quedando reducida a un círculo de profesionales que (como los mandarines en China) son los únicos que poseen el léxico y el arte de disponerlo en forma significativa y decorosa. La literatura de España no es familiar sino a un grupo muy reducido de españoles. Todo lo que se aparta de la lengua usadera de la calle o del café acaba por perderse. Vivimos sobre una cultura de espontaneidad y de inercia. Los profesionales de aquellas profesiones que rentan dinero (las otras apenas existen) conocen sus tecnicismos, en muchos casos calco de lenguas extranjeras; mas es raro que posean cultura general y que escriban finamente. Domina, en general, el vocabulario corto, el usado en la conversación desgarrada. Cuando en las clases el muchacho no repite el libro de texto, cae en seguida en torpezas y tosquedades de expresión y teme aparecer afectado o pedantesco. Las palabras abstractas son arcanos que ruedan por los labios, expuestas a mil tristes peripecias: «un *sendo* vaso de agua», «un *autointelectual*, etc.» Los escritos dirigidos al público pugnan a menudo con la más elemental corrección. Ayer leíamos en la estación del Mediodía, en grandes letras: «Hoy *se hace* segundo exprés para Sevilla».

Puesto a leer el comienzo del *Quijote*, un bachillerando en letras no supo en los exámenes de junio donde está la Mancha, y no entendía «adarga» ni «astillero». Otros ignoraban el sentido de estas expresiones: «ponerse como un basilisco, estar ufano, condenar en las costas, argamasa, arcaduz, atalaya», etc. etc. Un caso hubo en que los cinco profesores que examinaban se quedaron ultraatónitos: un chico, nada anormal intelectualmente y de clase muy acomodada, no sabía lo que era un «telar» ni lo que significaba «tejer». Esto no se remedia con suspensos y enfados. Nos hallamos ante un estado social fruto de complejas condiciones, y que se refleja en la Universidad, en la familia, en la calle, en la religión, en la política, en todo. Los periódicos, aun los más populares, hacen tiradas muy reducidas para una nación de casi 25 millones de habitantes. No hay aquí revistas de carácter vulgarizador, como en el resto de Europa y en Norteamérica. El pueblo más práctico y más agitado del mundo—el yanqui—consume cantidades fabulosas de papel impreso.

Hacer girar la enseñanza secundaria en torno a la recitación del libro de texto, sólo servirá para fomentar defectos inveterados. El hombre de un solo libro está muerto para la cultura y para la vida. Los libros de texto han solido valer poco como ciencia y demasiado como mercancía. En un Instituto de Segunda Enseñanza que tuvimos ocasión de inspeccionar, (el de Ciudad Real) notamos las cosas más peregrinas. Los nuevos libros de texto remediarán quizá la explotación de las familias, pero hacen del profesor un muñeco. Una inspección moral e inteligente, y que la superioridad no viniera luego a desautorizar, tal vez habría logrado mejores efectos, ya que hay muchos buenos maestros en los Institutos.

Lo que habría que modificar es la estructura y los métodos de la enseñanza. Para unas materias, el libro (suponiendo que fuera bueno) tiene una utilidad de que carece para otras. Lo primero sería formar y reclutar de otra manera el personal docente, no mediante esos ejercicios de memoria que se llaman oposiciones, y sin el sindicalismo que supone que sean los catedráticos de la asignatura quienes elijan a sus futuros compañeros. El espíritu de cuerpo es algo funesto.

El profesor, formado y elegido recitando libros de texto y contestando a cuestionarios, viene a ser luego un aparato registrador de cómo éstas o las otras páginas se adhirieron a las cabecitas juveniles, las cuales seguirán dando vueltas en un mundo de somnolencia y vacuidad intelectuales.

Américo Castro

Ernesto Silva Román: *El dueño de los astros*. Cuentos.

En las ediciones de La Novela Nueva. Santiago de Chile.

German Arciniegas, nuestro amigo, nos remite

La melancolía de la raza indígena, por Armando Solano. Publicaciones de la revista Universidad. 1929. Bogotá.

Señalamos:

Nucleo Diógenes: Idiario Nuclear. El Ateneo. Buenos Aires. 1928.

De las tendencias que orientan a este grupo habla en claros términos la Introducción, que reproducimos completa.

Hemos dado término a la empresa que nos propusimos, y que hace tiempo anunciamos, de formular una síntesis de nuestro actual concepto de los valores vitales y un breve examen crítico de los escritores argentinos de significación contemporánea. No pretendemos encarecer nuestra labor; pero tampoco queremos ocultar que ella ha representado para nosotros un considerable esfuerzo, solamente realizable gracias a la renovada fe que nos anima y al sentimiento imperioso de la propia responsabilidad. Ninguno de los autores que han colaborado en esta obra son profesionales de la pluma, ni disponen libremente de su tiempo. Todos se encuentran sujetos al dogal de una tarea cotidiana, al margen de la cual, y hurtando horas al descanso y la fatiga, han conseguido trazar las páginas fervientes que forman este libro, amasado de tal modo, con la propia sustancia, y en el que han procurado destilar la más depurada esencia de sus experiencias personales.

Hemos cumplido un deber de nuestra conciencia. Nos sentimos, pues, en tal respecto, ya que no satisfechos, a lo menos tranquilos. Sustrayéndonos a la vorágine absorbente del tráfago moderno, hemos logrado restablecer en nuestra vida, siquiera sea en pequeña propoción, la dignidad espiritual de la diágoge helena; ese romanso ideal de índole contemplativa, desde el que puede abarcarse la totalidad de la existencia y reducir su aspecto pragmático a la condición de medio, de función instrumental, que es el rango que le corresponde; sin lo cual jamás podrá alcanzarse la liberación de la conciencia. Quien no se sienta capaz de crearse ese refugio íntimo, invulnerable y sagrado, a despecho de las circunstancias

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc., a todos los países en las mejores condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

exteriores, es porque aún no ha despertado del sueño de los sentidos, y carece, por tanto, de vida propia.

Dedúcese de lo dicho que para nosotros este libro constituye un fin en sí. Al ofrecerlo a la consideración de los estudiosos y meditativos ya hemos conseguido la finalidad que nos propusimos escribiéndolo. Nadie podrá encontrar en sus páginas lecciones tan provechosas como las que han recogido, al redactarlas, sus respectivos autores. Cada uno, al expresarse, ha ido, a la vez, descifrando y precisando su pensamiento. Y el pensamiento es, para nosotros. luz que nos alumbra y savia que nos nutre.

Los que aquí colaboramos hemos vivido aprendiendo. Para saciar nuestra sed utilizamos todas las fuentes que nos deparó el azar o nuestra honda inquietud. Pero al tratar de expresarnos no hemos necesitado seguir a nadie, ni repetir lo aprendido. Buena o mala, hemos dicho nuestra palabra característica, resultado de elaboraciones y de aprendizajes peculiares.

Creemos, sin embargo, no estar solos, y ello nos satisface y nos alienta. No es a la singugularidad a lo que aspiramos. Lo que anhelamos más vivamente es sentir vivificado nuestro espíritu por línea potencial del sino que está iniciando en el mundo una nueva parábola cultural. Y eso lo hemos experimentado al descubrir coincidencias reveladoras con el pensamiento más reciente que, si a otros les molestarían, como una usurpación, en nosotros vigorizan y aceleran nuestro impulso. Así, por ejemplo, antes de tener noticia de Max Scheler, ni de Keyserling, ya nosotros habíamos instituído «el núcleo esencial de la personalidad» en nuestro eje vital, y utilizábamos la índole transferible de los valores morales como instrumento fundamental de auto-renovación y de influencia recíproca. Hemos comprobado, pues, con reconfortante agrado, que el pensamiento representativo de este instante marca un derrotero coincidente con el que nosotros perseguimos; y si tal hecho nos priva de una posibilidad de envanecernos robustece, en cambio. nuestra fe, al evidenciar que actúa en nosotros el ritmo universal portador de un nuevo meridiano para el alma humana.

No pretendemos, por tanto, atribuirnos ningún descubrimiento. Obedecemos a los designios implícitos en la onda de sensibilidad ecuménica que nuestra época está gestando.

Pero nuestra posición no es rezagada. Es posible que la prioridad nos corresponda en la vuelta voluntaria hacia lo colectivo, desde la cúspide enhiesta de la individualidad; lo que equivale a la conciliación de una de las más graves antinomias de estos tiempos.

Aceptamos las tendencias que caracterizan el espíritu contemporáneo y, con él preconizamos el anti-intelectualismo, el destronamiento de la Razón.

Asentimos, asimismo, al resurgimiento del instinto y a la técnica realística de la acción exterior, a la vez que el sentimiento igualitario de lo colectivo, signos de la nueva edad. Pero toda onda de reacción objetiva suele ser extremista, y aún desorbitada, con el fin, sin duda, de marcar un hito en lo moral, de troquelar un reactivo ético. La humanidad sigue su camino, haciendo eses, al modo de los ebrios, y aprende a costa de sus errores, que son exageraciones de verdades. Función es del pensador, del hombre meditativo, extraer la parte de verdad que anima los movimientos subconscientes para sortear el choque de las reacciones extremas, neutralizando el impulso arrollador de la inconsciencia y elevando a planos de luminosa armonía los primarios ímpetus contradictorios.

Al reconocer por base o eje de la nueva vida el núcleo esencial de la personalidad, aceptamos el instinto y la razón, mas sólo como elementos integrantes, complementarios, y en las esferas que les son propias. Erigimos en guía a la intuición, que es la síntesis del ser, pero le damos por lámpara el intelecto y, como impulso dinámico, a la energía subconsciente. Aceptamos el realismo; mas tan sólo en la esfera de las fuerzas objetivas y como medio eficiente de la idealidad, de la ética superior, a la cual debe servir, sea cualquiera la distancia que lo separe de ella. Y en cuanto a la norma igualitaria de lo colectivo la trasladamos a lo interior, al plano del espíritu, en donde la encarna el Núcleo, como potencia fecundante que armoniza el ser múltiple en una conciencia única, sin sofocar ni oprimir a la individualidad; conciliando, de tal modo, la antinomia eterna, cuyos dos términos son imprescindibles, del aristo y el demos, el individuo y la sociedad.

La realización de la conciencia colectiva que se trasunta en el Núcleo, es lo que consideramos nuestro paso más audaz, nuestro hallazgo más fecundo y más inédito en el terreno de las conquistas espirituales. Poco valor, sin embargo, le asignaríamos si fuese una teoría simplemente; lo que tiene de vitalizante y aun de irrebatible, es que, entre nosotros constituye ya una realidad; como lo demuestra el precedente de *Diógenes*, y la presente obra, en donde no aparecen autores individuales, no por el prurito de ocultarnos, sino para significar, con ello, el hecho de que en realidad nos mueve y nos inspira, no un yo limitado, individualista, sino el sentimiento de comunidad cuyo órgano expresivo es el espíritu, impersonal por esencia.

La conciencia colectiva y el espíritu consideramos que son los dos pilares sobre los cuales ha de asentarse el arco de la nueva cultura.

Descubrir la técnica apropiada para utilizar en formas eficientes el impulso de lo colectivo, cuyo fundamento es la ética, y acuñar en troqueles apropiados el espíritu para que penetre y rija la materia, en lugar del intelecto excluyente, que nos gobierna y aisla en la actualidad, es lo que entendemos constituye la tarea de la edad que se aproxima.

Concordante con tales aspiraciones es la formulación de un nuevo derecho que abarque los dos términos de todas las antinomias en una síntesis superior, de índole trascendente, donde estén representados, con carácter armónico, los intereses antagonistas hoy en pugna; y que restituya a la entidad social el poder y la soberanía del estado, superando el dualismo disolvente entre el derecho y la fuerza a fin de que ésta circule por cauces fertilizantes para el bienestar humano.

A colaborar en esa empresa se ha consagrado este libro, al que no atribuiríamos valor alguno, si no fuese, como lo es, un mero signo revelador de nuestra vivencia íntima y expresión de nuestro más profundo anhelo.

Como podrá advertir el lector, a pesar de nuestro esfuerzo por descender al plano de lo concreto, de las realidades objetivas, nos movemos invariablemente en ambientes abstractos; aspiramos al conocimiento de la realidad nouménica. Bien sabemos que esta confesión no es adecuada para recomendarnos a los gustos del lector corriente. Aunque algo atenuado, entre nosotros, el horror hacia las abstracciones, por la mezcla de otras sangres, no deja de tener aplicación a todos los pueblos de habla castellana, el flechazo dirigido por Valle Inclán a los hispanos:

Al indígena íbero, cada vez más hirsuto,
es mentarle la madre, mentarle lo Absoluto.

Conscientemente, pues, nos apartamos de la corriente que marca nuestra tendencia racial. No lo hacemos por deseo de aparecer singulares; entendemos que esta raza tiene ante sí la siguiente ineludible disyuntiva: si no supera los límites individuales, penetrando en el sentido colectivo, y se desliga de lo concreto para elevarse a lo abstracto, a lo metafísico esencial, sus días están contados. Perecerá bajo el yugo de las razas gregarias que tienen fe en lo absoluto, en las normas invisibles.

Puede encabezar la marcha hacia la nueva cultura o quedar rezagada, por largo tiempo, en los caminos futuros. Sepa bien, cada uno, que al determinarse en esa alternativa está decidiendo, implícitamente, los destinos de su raza.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

INDICE

Legenda aut adquirenda



Platón. *Diálogos socráticos.* 2 vls.	¢ 9-00
Aristóteles. *La Política*	1-50
Teócrito. *Idilios y epigramas*	1-50
Hesiodo. *La Teogonía*	1-50
J. Ortega y Gasset. *Meditaciones del Quijote*	3-50
Adolfo Ferriere. *La práctica de la escuela activa*	5-50
Marcelle Auclair. *Y pasó el amor*... Comedia en 3 actos	1-25
Bernard Shaw. *Sus mejores páginas*	5-00
Joaquín Edwards Bello. *Crónicas*	4-00
Marta Brunet. *Bestia dañina*	3-00
Pedro Prado. *Alsino*	4-00
Víctor Domingo Silva. *Palomilla brava* (Papelucho)	4-00
Gabriela Mistral. *Desolación*	5-00
Tácito. *Los anales.* 2 vols.	5-00
Tácito. *Historias*	2-50
J. Xandri Pich. *Los centros de interés.* Ensayo de adaptación de un método científico de enseñanza. 2 vls. pasta.	4-00

Diríjase al Ad. del *Rep. Am.*

SOUPLEX SOUPLEX SOUPLEX

Es el nombre de la UNICA hojita de afeitar que ha dado resultado INDISCUTIBLE.

Garantizamos que es la mejor navajita que se vende en Costa Rica
De venta en las principales tiendas y boticas de todo el país.

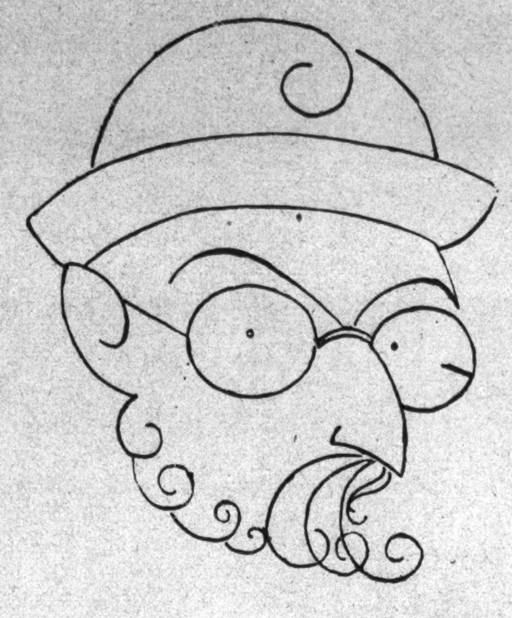
Distribuidores para Costa Rica:

ALMACEN CASTRO & QUESADA

Apartado 1189 - San José, Costa Rica - Teléfono 3275

Con Unamuno en Hendaya

=De *Revista de Oriente*. Santiago de Cuba=



Cuando el *topo*, como llaman al tranvía que va de Irún a Hendaya, ha traspuesto ya la línea fronteriza española y que ante mí surgen las riberas del mar que baña el pueblecito donde vive el maestro, «engrandecido por el exilio y el dolor», yo evoco otra sombra lejana y triste, otro mar, y otro destierro.

¿Cómo no pensar en Víctor Hugo, en su isla de Guernesey, en aquel su retiro laborioso donde nacieron *Los Miserables?* Y no es que yo quiera compararlas, que sería empequeñecer ambas cumbres. Parecido el dolor, no eran iguales los medios para sanar y olvidar. Víctor Hugo estaba lejos de su patria y podía crear, soñar, distraer su amargura en otros empeños, arrullado por brisas oceánicas que le traían ecos del mundo. Poseía una casa propia, confortable, espaciosa, y junto a él estaba su familia, vivían sobre todo los hijos, pues que Adela, la esposa perdonada, pero nunca más amada, purgaba ya su traición con Sainte-Beuve. Mas, ¿qué importaba esto si a dos pasos del hogar oficial se alzaba el «nido», el verdadero hogar de su alma, y en él la silueta de Julieta Drouet, refugio y bálsamo de su amor herido? Y este ilustre desterrado vive solo, solo en un cuarto de hotel, un cuarto más bien pobre, estrecho, escueto. Y ese viento que le agita la barba viene de la tierra nativa: es un aire henchido de recuerdos, cargado de españolidad. ¿Olvidar? Él no lo desea. Y ama estas orillas porque «lo latigan de anhelo»...

Pero como a Hugo, el destierro universalizó su nombre. Antes era la gran figura de un pueblo. Hoy es una de las grandes voces de Europa. Antes se le oía como a una soberana inteligencia de las patrias hispánicas. Hoy se le escucha como a una alta conciencia de la tierra. Y así como Guernesey, durante diez y ocho años, fue sitio de peregrinación de los devotos del poeta, Hendaya, más recogida, es un alto de meditación en la ruta de todos los viajeros. De todos los viajeros que amaron al maestro a través de sus libros. ¡Han sido tantos, en menos de tres años! Todavía ayer era el conde de Keyserling, esta mañana, Francis James, que cada domingo acude a su lado, y después los otros, los que carecen de un nombre insigne, los humildes que van a tributarle un homenaje silencioso, sin literatura, sin palabrerías. Pero todos pasan y la soledad, al cabo, se hace más vasta y sonora.

* * *

Unamuno me recibe en el lecho, donde le retiene un leve constipado. Y me explica.

—Estoy ya bien, pero como la mañana está tan fresca he creído prudente quedarme aquí hasta el medio día. Nunca he estado enfermo... Yo estoy sentado a contraluz, de espaldas a la la ventana que cae sobre el jardín. La cama, al fondo. Se incorpora y ruega que me sitúe un poco más cerca.

—No le veo bien y no me gusta ver las caras en sombra.

Esto me sirve para decir algunas cosas frívolas. Quiero quitarle solemnidad a la visita. Quiero, sobre todo, que no advierta mi emoción! ¡Es tan limitado aquel recinto y tan dilatada la gloria del hombre que lo habita! Pencamientos tristes me invaden y en vano me digo que él no necesita más espacio ni más lujo y que su alma austera, indiferente a las cosas materiales, puede monologuear allí más a sus anchas que en una estancia suntuosa. ¿No tiene lo principal, sus libros y el silencio? Pero cuán preñado de voces, el silencio de este anacoreta. ¡Qué inolvidable lección de energía, de conformidad, de resignada espera la de este anciano de cabeza toda blanca, espoleado aun por las curiosidades de su lejana juventud! Y de sus años hablamos:

—Sí, he cumplido hace poco sesenta y cuatro.—Y sólo Azorín - añado yo, indiscretamente—lo ha recordado en un artículo. Él calla. Y de pronto, reuniendo los libros dispersos sobre la cama:—me entretengo especialmente en leer el alemán. Heine, Nietzche, Schopenhaüer, son buenos compañeros. Y mientras coloca los volúmenes de grandes letras góticas sobre la mesilla de noche, distingo, en la cama, un tomito de cantos dorados, pequeño, humilde: es el *Nuevo Testamento*, su cotidiana lectura de ayer y de siempre.

Hablamos de Amiel, aquel hombre *que se creó a sí mismo*, según expresión suya.

—Algún día—díceme—intentaré hablar con alguna extensión de González Alonso, el primero que lo tradujo, por consejos míos, en España. González Alonso era gallego y uno de los hombres más extraordinarios que he conocido. Recuerdo que en nuestros paseos de Salamanca nuestras discusiones giraban casi siempre alrededor del alma.—Yo no me la hallo —me decía él. Me toco y me siento vacío por dentro. Y no se explicaba esta obsesión mía por las cosas del más allá. Era sumamente abandonado en el vestir y el siguiente caso va a darle una idea. Una vez llegó a Salamanca Lino Torres, Rector, si hago buena memoria, de la Universidad de Compostela. El tal Lino Torres era un señor en extremo atildado, y Alonso y él se conocieron en casa de una familia gallega. Cuando yo pregunté a Alonso la impresión que su compatriota le había hecho, me la explicó así:—nos miramos a la ropa y nos despreciamos mutuamente...

Y luego la charla (¿charla? más bien diálogo en que sólo una palabra, la del maestro, vibra en la estancia mientras yo le estimulo con la mirada, voz del pensamiento) cobra ese encanto que tiene todo lo unamunesco y va codiciosa de inquirir y anhelosa de enseñar—oh! sin pedantismo!—analizando cuestiones y hombres de todo linaje.

* * *

Como antaño, todo lo de América le interesa. Surge el nombre del cubano Enrique José Varona. Me habla de Martí, de Rodó... ¿Pero no es mejor que yo os dé la esencia de cuanto él me dijo?

—De Varona tengo una idea muy vaga. He leído cosas cortas que estaban bien. Pero no sé. Desconfío mucho cuando me dicen de alguien que es filósofo. De los cubanos recuerdo a *Fray Candil*. Había en él un gran poeta, un admirable pesimista de la familia de Anthero de Quental. Algunos de sus sonetos recuerdan los del portugués. ¿Se le lee mucho en su tierra?

Y le dije que sí, mintiendo. Mi creencia íntima es que en Cuba ni siquiera se estima a Bobadilla. Alguna vez analicé este punto e incluso llegué a preguntar por qué la Academia de Artes y Letras, que lo llamó a su seno algunos meses antes de su muerte, no había celebrado ningún acto en su honor, honrándose. La pregunta obtuvo el silencio por respuesta. Lo peor no es que no se le lea por el público sino que la gente de letras, en su mayor parte, finja despreciarlo o ignorar su obra. Y sin embargo... Pere dejemos esta digresión. Toda la nobleza intelectual y toda la limpieza de Unamuno están de manifiesto en ese elogio a Emilio Bobadilla, que como se sabe, fue con frecuencia injusto y le atacó a el, a Unamuno, con aquella su violencia en que llegó a ser insuperado.

—En cuanto a Martí,—prosigue—fuí de los primeros en hablar de él en España. Lo que me lo reveló un hombre, todo un hombre, y un maravilloso escritor, fueron sobre todo sus cartas. Es una cantera inagotable. Yo lo prefiero a Rodó. La lengua de Rodó es falsa. Una cosa... Vea usted, con Martí me ocurre lo que con Sarmiento, otro buen escritor porque es incorrecto.

Una pausa. Un ademán vehemente. Un tono más fuerte:

—Y es lo de Martí. Por eso... Está roto. Montalvo no me gusta. Es mentira. Lo que vale en literatura es lo vivo. Es la lengua que se habla. Si se tomaran consejos del pueblo, habría que escribir una nueva sintaxis. Lo que está bien es el libro que habla como un hombre, no lo otro, el hombre que habla como un libro. En castellano los grandes escritores son

---

Sr. don J. de la Luz León

Recibo, mi querido amigo, su carta y sus cuartillas. Se las agradezco. En general está fiel—dejo aparte, claro! sus juicios que por atañerme y sobre todo por ser tan benévolos, no he de juzgar. Cosas de detalle. Aunque me encontró en la cama no estaba ni resfriado. Fue por no hacerle esperar mientras me arreglaba. Ahora no tengo aquí a Heine, ni Schopenhauer, ni Nietzche. A éste le he leído poco, poquísimo, casi nada. Le conozco sobre todo por citas y referencias. Deseo leerle por entero; no se cuando lo haré. Aquí he leído últimamente a Holderlin (¡maravilloso!) y a Gottfried Keller. Ahora modernos. Acabo de leer una novela Verdi de Werfel, interesantísima. No conozco yo al hombre Verdi—¡qué hombre! En cuanto al músico... la música es para mí, tal vez desgraciadamente, un mundo casi cerrado. También he leído una buena novela de Arnol Zweig y poesías de Rilke. Lino Torres fue a Salamanca de catedrático, estuvo allí poco tiempo y luego fue a Santiago, de donde fue Rector. En efecto, el desdeñoso olvido hacia Bobadilla no es justo. Era un amargado pedante, poco simpático, pero tenía valor. Y sobre todo sufría. Es acaso uno de los que me dictaron, desde mi subconciencia, mi Abel Sánchez.

Sarmiento incorrecto... Según qué corrección? Porque hay la mécanica y hay la orgánica. Y el lenguaje no es una máquina.

Y... dispénseme. Estoy pasando días de ansiedad borrascosa. Esa agonizante... Volveré a escribirle.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

Hendaye, 6 IX 1928.

Santa Teresa, Bernal del Castillo... Los que dictaban. Hay que leer con los oídos y no con los ojos. El uruguayo Vaz Ferreira es superior a Rodó. Rodó es un escritor que nunca habla en voz alta...

Pasa el nombre de Stendhal, otro incorrecto. Cuando yo hablo de su egotismo Unamuno rectifica y me da esta definición:

—Lo suyo no es egotismo sino tuismo. Por eso sobrevive.

Versos. Recuerdos de viajes. Política... Y la mañana que se va... Formulo una pregunta y me responde:

—Sí, preparo un nuevo libro: «En la frontera. Cancionero espiritual de un doble despatriado». Luego, acaso, volveré sobre el tema de *Abel Sánchez*, la envidia y los celos. Y naturalmente a Byron. Esta figura de Byron me interesa siempre. Envidiaba la envidia, tenía envidia de los que no le envidiaban.

***

He dicho que D. Miguel de Unamuno vive solo. ¿Añadiré que vive triste, tristemente esperanzado? No he de pagar su hospitalidad divulgando confesiones o informaciones personales de otro orden que salieron de sus labios ilustres. Imagínelas el lector. Baste decir que es el mismo hombre peleador, contradictorio, sincero, enamorado de la libertad. Es nuestro don Miguel de toda la vida, paradójico por amor a la verdad, («la paradoja es la más excelente forma de la verdad desconocida», escribió un día), áspero a fuerza de ser tierno, revolucionario por amor al orden, niño por su genialidad, universal por su hispanidad inquebrantable. Se le traduce a todas las lenguas cultas. De todas partes le llegan mensajes de simpatía y testimonios admirativos. En menos de un lustro sus libros le han producido más utilidades que en los treinta años de labor serena, honrada, afanosa, de su retiro salmantino. La gloria, ese sol de los muertos del poeta, le envuelve en plena vida, cuando todavía el cielo sigue siendo para él un misterio fecundo y las fuentes de la curiosidad y del deseo no se han secado en su alma ambiciosa y suspirosa de inmortalidad. ¿Por qué entonces, D. Miguel, esa melancolía de cumbre en ocaso de la altiva cabeza nevada?

¡Oh! ¡Es terrible, el maleficio de ese mar de Hendaya que trae rumores de la otra ribera, y esa silueta del Caizquibel afincando sobre la Vasconia frontera, y esos trenes que día a día, sobre los caminos de Francia, dejan el polvo de las rutas de España! Y todo es España para el desterrado insigne.

Hubo una época—tiempos lejanos de la camaradería con Ganivet—en que Unamuno, para adiestrarse en el dibujo, pintaba ranas y ratones sobre la mesa de mármol del café. Eran los días de estudios y de inquietudes eruditicas. Vino después el período de las pajaritas de papel, que simbolizaban sus ensueños, el viajar inquisitivo de su espíritu: las pajaritas eran el vehículo de su alma nómada. ¡Qué distantes ya esas dos etapas! Ahora sus manos, en los momentos de ocio, se entretienen en amasar la miga del pan. La miga, blanda, dúctil, toma bajo sus dedos formas caprichosas y extrañas. Y cuando se ha cansado de amasarla la disemina, en bolitas minúsculas, por los senderos donde a diario busca a calmar sus ansias. Este continuo hacer y deshacer, este perenne ahondar en la misma materia, este afán de construir y luego derribar revelan su obsesión y el tormento de sus días. Y es el símbolo que más exactamente nos define su conciencia de hoy.

José de la Luz León

En $ 100.00

Aparato de radio, onda corta, completo con sus baterías, tubos y alto-parlante, se vende, instalado y probado.

Entenderse con el Admr. del *Rep. Am.* Correos: Letra X. San José, C. R.

Estampas

¿A dónde irá a parar un país tan hipotecado?

Si al menos pudieran decir los hombres que se mueven animados en el servicio a la patria, lo que los ciudadanos educados en la época de Licurgo: «Si nogociamos bien, somos embajadores públicos; si no, venimos por nosotros mismos». Consagrarse a la patria, recibir de ella el bien de negociar en su nombre. Mas no vincularla al negocio hasta tanto no se tenga la certeza de haber puesto visión profunda. Los hombres públicos de Licurgo procedían así. La dualidad en la conducta era de una bondad trascendental para Esparta, pues iba contra los yerros. Porque los yerros de los hombres públicos son graves. Pueden eternizar males que dejan enferma, de enfermedad endémica, una patria. Lo sabía el grande hombre de la antigüedad y educó en ese fecundo sentimiento a sus conciudadanos. De ahí que ellos cuando ejercían una función pública seria, trabajaran para sí, hasta tanto no llegara la aurora que pudiera colocar la obra al haber de la patria.

¿Por qué, nos decimos a veces desesperanzados, no siguen animando a tráves de los siglos las ideas de los moldeadores de patria, la conciencia de los hombres públicos? ¿Por qué no animarán el entendimiento de los hombres de estos países? Hay sabidurías que se pierden como la simiente de una especie medicinal. Quisiéramos para los hombres que se consagran a servir los intereses supremos de un país, una dualidad semejante a la del espartano consciente de los destinos supremos de su nación. ¡Cuántos yerros menos y cuanta posibilidad menos de esclavitud! Pensar y volver a pensar el uso que ha de hacerse de los poderes concentrados en el funcionario. Y pedir una virtud clarividente cuando esos poderes—usando la jerga abogadil—tiene que bastantearlos el prestamista extranjero.

El capital de afuera que se organiza, que se trustifica, no con el fin de limitar su expansión lucrativa al suelo de su nacionalidad, sino para extenderla, para clavar estacas en los diferentes suelos del mundo, es un poder muy difícil de comprender. Fuera del factor lucro está animado por el móvil esencialmente político, que es quizá la fuerza más compleja, más proteica, menos ostensible en un principio, avasalladora y dominante cuando ya la estaca ha quedado con los garfios bien hundidos. Esto nos mueve a pedir para el funcionario que con él va a tratar, la virtud clarividente. Sin ella, el negocio no será más que esclavitud desatada. En vano se empeñará él y los que corean sus hazañas en hacernos sentir que el maná dorado ha empezado a descender. El capital extranjero es severo en el bastanteo de poderes y cuando resuelve socorrer a una nación, están bien calculados los beneficios y trascendencias del socorro.

No sentimos por eso regocijo, sino honda preocupación, cada vez que el prestamista de afuera abre sus arcas al solicitante nuestro, que confiado en sus bienes y no en sus peligros, pronuncia modoso y sumiso el sésamo ábrete. ¿Cuál es la clave para que ese sésamo ábrete se deslice como ganzúa incontenible a través de los secretos engranajes de las arcas? ¿Cuál es la clave? La reflexión necesariamente nos lleva a un plano de intensa preocupación. Pensamos que se está negociando en nombre del país y que todas las obligaciones que esa negociación entrañe no irán a parar sobre el funcionario que les da nacimiento, sino contra el país. Esto es lo desconsolador. Hay constituida sobre la propiedad raíz de la nación urbana y rústica, una cadena de hipotecas. Se crearon esas hipotecas con el fin de fomentar el cultivo de las tierras y las construcciones, y posiblemente las industrias. Buen propósito de seguro. ¿Pero a dónde irá a parar un país tan hipotecado, trasladadas de pronto las cedulas que representan esas hipotecas a unas fauces abiertas al lucro y a los designios políticos?

Por eso, nuestra alarma de costarricense vigilante. Por más comprensión que invoquemos para analizar el grito de salvación lanzando por el proselitismo, no podemos dejar de llenarnos de desesperanza. No hay odio ni envidia para la obra ajena. Comentamos los sucesos nacionales con una visión diferente a la de aquellos que se erigen en prosélitos de los hombres que ven la patria desde afuera. Nosotros pensamos que la patria es algo que hay que irse desentrañando de la propia vida. No la creemos fugaz. Y el que la mira desde afuera sí juzga que no deben intervenir en su formación otras fuerzas que las que generan prope-

Sastrería Cárdenas
Tel 3649

Tríptico del Carnaval

Homenaje lírico a su Majestad la Reina

LEMA:
El nombre de la Reina.

Tiembla mi mano, ¡oh Reina! al tomar la paleta
para empezar el trazo de vuestro medallón.
Es un temblor de gloria lo que a mi mano inquieta:
la gloria de exaltaros, Señora, en mi canción.

Así como el orfebre repuja la viñeta
para que el oro vivo exprese su emoción,
en vuestro honor, Señora, busca un ritmo el Poeta
que se ajuste a la gracia de vuestra evocación.

Y cuando en vuestra frente esplenda la diadema
y al pie del trono diga, temblando, mi poema,
con sólo una palabra triunfará allí el cantor:

bastará que pronuncie vuestro nombre, Señora,
y sobre toda cosa habrá lumbre de aurora
¡y al pronunciarlo, el mundo se pondrá todo en flor!

LEMA:
Harmonía.

¡La Reina es bella como la Harmonía!
Para hacer su figura evanescente
y darle un tono de melancolía,
sangre de lirios animó su frente.

Y para que esplendiera como el día
y fuera su belleza sugerente,
rica de gracia y de ideal luciente,
un noble aliento de virtud la guía.

Cuando mueve sus manos me parece
que a su contacto todo se florece
y todo vibra con su simpatía.

Cerca de ella es más noble la Tristeza,
todo tiene un setido de Belleza
y ella misma es un signo de Harmonía.

LEMA:
Amor.

Oh Reina, ¡contemplad! Todo florece
en el lírico encanto de este día;
vibra un himno en las liras y parece
que todo tiene un ritmo de Alegría.

Es que a vuestra presencia se diría
que toda cosa en ideal se crece
y se vierte una helénica ambrosía
y en el ambiente un cántico se mece.

En cada pecho se abre un noble anhelo,
es más sereno y más azul el cielo
y alzan todas las manos una flor.

Oh Reina, contemplad: es que ya empieza
vuestro Mando Real, y la Belleza
ha puesto en todo un hálito de Amor!

Rogelio Sotela

San José, Costa Rica

---

ridad económica. Y como la prosperidad es cosa de todos los días hay que ir descuajando las fuentes que la guardan, sin el pensamiento de que el porvenir necesita sus reservas. Esas mentes limitan la existencia de una patria a los años que ellas han de atormentarse en el mundo. Fundan aquellas instituciones que puedan florecer para que ellas se regocijen. Su afán por sostenerlas no cesa después, y no de seguro para darles una perennidad benéfica, sino para que no perezcan. Esto es lo que interesa, que no perezcan. Que sigan a través de la vida de un pueblo, no precisa si como instituciones de bien o de mal, pero que sigan. Ah! y qué cosa más terrible para un país en donde se levantan instituciones apresuradamente. Si el fracaso no las mata, que es el hado benéfico de una nación, se convierten en el despeñadero más grande del destino libre de esa nación. Si por su naturaleza están en condiciones de adquirir fuerza y señorearse sobre la vitalidad nacional, el mal que atisba las alienta, se anida en ellas y la ayuda a empollar.

El capital trustificado no emprende sino en negocios que no puedan debilitar nunca su predominio. ¿Qué reflexiones se hará cuando un país sin alientos para resistir su penetración lo llama, no importa que sea sin acudir todavía al trágico S. O. S.? Ha de examinar sin lugar a duda la trascendencia de esa llamada y ver el panorama que se le pone en frente. Si consiente en darse, hemos de tener seguridad de que ha hecho bien sus cálculos. No va a invertirse en negocios de los cuales no estén claros el lucro y el estímulo político. De ahí que como costarricenses, nos alarmemos siempre que el prestamista extanjero nos suelta la moneda. Ponemos la reflexión en la garantía que el prestamista ha exigido y la amargura es cada vez mayor. ¡Cómo lamentamos no ser tan fáciles al regocijo del prosélito! Quisiéramos ver estos sucesos de los cuales depende en muchísimo nuestra vida de pueblo libre, con el ánimo del proselitismo. Al menos así tendríamos después de la realidad la excusa de decir que estábamos coreando de buena fe. No nos atribuirían afán de empequeñecer a nuestros hombres públicos. Sin embargo, por muy duro que sea expresar el sentimiento a que nos lleva el suceso caótico, debemos decir cuanto creamos de justicia para despertar en el costarricense su capacidad de discernimiento.

Ya sabemos que serán muy pocos los que con nosotros se pongan en pie, dispuestos a sufrir virilmente el anatema que hace preferir el engaño. El país, según sus augures, deberá dentro de breve tiempo doblar el espinazo al azote de una crisis económica muy grave. Esta idea se ha ido extendiendo. Casi no hay quien vea la pavura asolando al país.

Esta circunstancia hace más deseable el ingreso de capital extranjero. De modo que rebelarse contra ese ingreso es querer que la bancarrota nos extrangule más pronto. No obstante, repetimos que una crisis económica, por mucho que quebrante a un país, si sus hombres la soportan con dignidad, no morirá en él aquella llama viva del amor por una soberanía grande y fuerte. En cambio, conjurar la crisis por medios artificiales como son los del capital organizado para el dominio, no sólo nos sume en un letargo, sino que nos deja desequilibrada la conciencia.

Juan del Camino

San José y noviembre del 29.

Nuevos comprimidos

=De *Revista de Oriente*. Santiago de Cuba.=

«La letra mata, el espíritu vivifica». Aquí está todo el protestantismo. ¡El espíritu! Puede ser el de la paloma; puede ser el de la serpiente. Todo lo humano, todo lo extrahumano. Lo que se ve, y lo que se sueña.

* * *

Un poquito de biología. Para designar la unidad vital, el núcleo de cada vida, tenemos, que yo sepa, todos estos nombres: bioforos, genmulas, pangenes, plasmas, micella plastidulas, bioblastos, romáculos, idioblastos, idiosomas, biogenes, gemma. Bueno. Por nombres no queda. Pero ¿qué es, si es que es?

* * *

Nos enseñan los neurologistas y otras istas que en la retina tenemos un puntico insensible a la luz. ¡Ay, sabios maestros!, si estuviera reducida al *punctum caecum* esa insensibilidad! Pero hay muchísimos ojos sanos, donde esclerótica, cristalino, retina, iris y hasta pupila, todo es mancha ciega.

* * *

A mí no me satisface, no, no me satisface que el amo de Cuba sea un cubano; lo que a mí me satisface es que Cuba no tenga amo.

* * *

El mundo es inmejorable, dice el leibniciano, el mundo es abominable, le replica el schopenhaueriano. Voy a ponerlos de acuerdo. No hay que enseñarse los puños. Diga cada cual *mi* mundo—el que yo admiro, el que *yo* sufro—; y en paz.

* * *

Nada hay tan flexible, tan maleable como la palabra. Desde Montesquieu, desde Gibbon, hasta Nietzsche, hasta Ferrero, cuántos ditirambos en honor del imperio romano, *are perennius*. Habría que oir al paño algún pastor del Danubio en aquellos felices tiempos.

* * *

¡Oh! los adjetivos, los pegotes, las lentejuelas, los brinquiños. Pero es que sin ellos ¿hay estilo? Con sinceridad, sin ella, por bufonada o con seriedad, tenemos que calificar. Somos sinuosos al hablar. No hay remedio. La línea recta, en geometría, y eso... si nos lo permiten los señores matemáticos de la última hornada.

* * *

Cuando me acabe yo, ¿se acaba el mundo? Para mí, sí. Verdad de Pero Grullo, en pro y, sobre todo, en contra de la cual no ha cesado de argumentar el miedo de morirnos, desde que se argumenta sobre la tierra.

Enrique José Varona

Tablero

= 1929 =

Serafín del Mar, *poeta del Perú, amigo y colaborador de este semanario, ha llegado en estos días a Costa Rica. Él y Magda Portal, su fina esposa, hoy son nuestros huéspedes. Los hemos recibido, estrechos los brazos fraternales. Acérquense las almas nuevas y limpias a estos dos amigos, hoy desterrados. En su contacto, aprenden a ser buenas, serviciales y sufridas. Con ellos aprenden a mantener alegría, entusiasmo y fe en los ideales revolucionarios sociales y artísticos, a pesar de las visicitudes a que están expuestas las almas selectas e inconformes. Léanse de Serafín del Mar:* Radiogramas del Pacífico. *Perú, 1927 y* El hombre de estos años. *México, 1929. Hay en estos libros todo un poeta auténtico.*

Omar Dengo.—Costa Rica vient de perdre un de ses meilleurs écrivains en la personne d'Omar Dengo, poète sensible et delicat, et un des maitres de l'enseignement à Costa Rica. Le *Repertorio Americano* reproduit un très bel article que M. A. Nieto Caballero a consacré à Omar Dengo, dans *El Espectador* de Bogotá:

> Il incarna les plus hautes qualités du maitre. Sa vie fut qu'un inépuisable enthousiasme: pleine d'idéalisme, libre de scories, intense à chaque heure et féconde jusqu'au dernier moment. Ce fut une lumière qui se consuma trop vite, parce qu'elle illumina chaque instant avec toute son intensité.

Le *Repertorio Americano* nous apporte encore une clairyoyante étude de Francisco García Calderón sur Montalvo et la petite revue *Le Régénérateur*, qu'il avait fondée en rentraut dans sa patrie après un long ostracisme en juin 1876, et dans laquelle il essaya d'apprendre à ses compatriotes l'exercice de la liberté. Citons aussi un hommage à Ricardo Fernández Guardia, historien et conteur d'un grand talent, qui prépara la publication d'une œuvre du plus haut intérêt, une histoire de l'Amérique Centrale écrite par le licencié León Fernandez, son père, et pour laquelle il utilisa de nombreux documents inédits, provenant des Archives de Simancas.

(*Revue de l'Amerique Latine.* Paris.)

Omar

Siempre que tomo su retrato entre las manos y mis ojos fijo en su cabeza, la pienso yacente más blanca que los blancos lienzos; cabeza digna de la antigua Grecia en la hermosura de la forma y en la belleza y serenidad del pensamiento.

Mientras más la miro más siento ahondar en mi pecho la nostalgia de lo mucho que aún faltaba por ser y no fué; de las horas en que pude gozar de su compañía y no lo hice.

Cuántos proyectos inconclusos, cuántas ideas ateridas de frío en su cerebro y qué de palabras muertas en los labios en tanto que ansiosas esperaban alas para emprender el vuelo.

Es de condición humana que al nacer una flor de rara fragancia no se le aprecie en su justo valor y pudiendo no *contribuimos* a su propio desenvolvimiento, pero en cayendo tronchada, vienen los póstumos inciensos, las lamentaciones y las lágrimas, debiendo entonces ella decir con Jesús: seguid la huella que deja mi sandalia en el polvo del camino y no lloreís por mí, *llorad por vosotras y por vuestros hijos.*

Contribuyamos

María Margarita

Tarjeta de París

Hoy conocí al Marqués de Peralta y otro caballero que nos lee por Costa Rica.

El 1.º de octubre abro mi salón (de 40 cuadros). Galería Charpantier.

Lo abraza

Massaguer

Adhesión

Octubre 31 de 1929.

Sr. don Joaquín García Monge,

San José de Costa Rica.

Mi distinguido amigo:

No quiero ser de los últimos en declarar mi adhesión al Maestro Vasconcelos. En Puerto Rico, donde no fué comprendido, tuve el singular honor de estrechar las manos de este apóstol de la nueva América y ofrecerle el respeto, las simpatías y el concurso moral del Partido Nacionalista. Más tarde nos honró representándonos ante el Primer Congreso Mundial de la Liga contra el Imperialismo y por la Independencia Nacional, celebrado en Bruselas.

Si llego a tiempo y se lanza el manifiesto que propone el señor Pijoán, ruégole firme mi nombre, para que a la voz de la América libre se una la de mi patria, Puerto Rico, que, aunque en servidumbre del yanqui, también forma parte de la América española.

Lo saluda cordialmente su atto. amigo y s. s.,

Fed. Acosta Velarde

La estimación ajena

Señor Secretario de Instrucción Pública.

Muy distinguido señor y amigo:

Me permito presentar a Ud. al señor Juan J. Carazo, Director del Departamento de Agricultura Escolar, en San José de Costa Rica; persona que ha llevado a cabo una gran obra en las escuelas de su país, imitada en otros de Hispanoamérica. El señor Carazo no pretende nada en Cuba, sino exponer a Ud. sus puntos de vista, por si pudieran ser útiles, como lo creo.

Regresa en estos días a su patria; pero, tiene espíritu de apóstol, y desea sembrar sus ideas por donde pasa.

Soy de Ud. at. s. s. y amigo

Enrique José Varona

Habana, 28 de Agosto, 1925.

SIEMPRE SE HA SABIDO

que para juguetes pesados, de rueda, tales como velocípedos, automóviles etc. el mejor lugar por su surtido y precios es el **Ciclo Club.**

Frente a la Biblioteca Nacional

NUEVA PUBLICACIÓN

Acaba de aparecer la 2.ª edición de la *Historia del Derecho* del Licenciado don Alberto Brenes Córdoba, ampliada y puesta al día.

De venta en las librerías Trejos, Lehmann y Alsina, y en la tipografía «Gutenberg».

Precio para el exterior: $ 2.50 oro am. Diríjanse al Adr. del *Rep Am.* Correos: Apartado Letra X. San José, Costa Rica.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Derecho Civil:
Tratado de las Personas.
Tratado de los Bienes
Tratado de las Obligaciones y Contratos.

Los 3 tomos, ₡ 25.00
Para el exterior, $ 7.00 oro am.

No olvide Ud.

TOMAR UN BONO POR LO MENOS DE LA

NACIONALIZACION ELECTRICA

Esos bonos llevan la garantía plena del Estado, devengan un interés fijo del 8 % anual y están exentos de todo impuesto o descuento.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José.